

RANA

蛙

Mo Yan

Traducido del chino por Yifan Li (李一帆)

Editado por Cora Tiedra

RANA

蛙



Título original: *Wa*

© 2010 Mo Yan

© 2011, Kailas Editorial, S.L.

calle Tutor, 51, 7. 28008, Madrid

kailas@kailas.es

© 2011 de la traducción: Yifan Li

Diseño de cubiertas: Marcos Arévalo

Realización y edición: Cora Tiedra

ISBN: 978-84-89624-84-9

Depósito Legal: M-40932-2011

Impreso en Artes Gráficas Cofás, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.kailas.es

www.kailaseditorial.blogspot.com

Impreso en España — *Printed in Spain*

*Para los miles y miles de lectores que nacieron
en la época de la planificación familiar y para
los que la vivieron en primera persona*

Primera parte

Estimado Sr. Sugitani Gijin,

Ya ha pasado un mes y, sin embargo, parece que fue ayer cuando se despidió de nosotros. No sabe lo agradecidos que estamos de que un señor de edad tan avanzada como usted atravesase el océano para venir a un pueblo tan pobre y aislado como este para hablar con nosotros, meros aficionados, sobre literatura. Nos emocionó mucho. Dado que ya he acabado de transcribir el grandioso discurso titulado «Literatura y la vida» que dio en el auditorio de nuestro distrito la mañana del 2 de enero del calendario lunar, le quería pedir permiso para publicarlo en *El canto de ranas*, la revista interna de la Federación de Literatura, con el fin de compartirlo con los que no pudieron asistir a su ponencia. De esta manera también tendrán la oportunidad de disfrutar del encanto de su lengua y de absorber todos los nutrientes de su estilo.

Fue el 1 de enero del calendario lunar, por la mañana, cuando visitamos a mi tía paterna, la que se ha dedicado a la ginecología durante más de cincuenta años. Aunque usted no pudiera entender completamente lo que dijo debido a su rapidez al hablar y a su fuerte acento, me dio la sensación de que le impresionó profundamente. Cuando al día siguiente hizo su ponencia puso muchas veces el ejemplo de mi tía para explicar su idea de literatura. Nos dijo que tenía en mente

la imagen de una doctora montando en bicicleta a toda prisa por un vasto río congelado, o la de una doctora con los pantalones remangados, cogiendo un paraguas, con una bolsa de medicinas a la espalda, abriéndose camino entre miles de ranas, o la de una doctora con las mangas manchadas de sangre y un bebé entre las manos, riéndose a carcajadas, o la de una doctora fumando un cigarrillo con el vestido alborotado y cara de angustia. Nos dijo que a veces estas imágenes se fundían en una y otras veces se separaban, como si fueran una exposición de estatuas de mi tía. Nos animó a escribir obras emocionantes, ya fueran novela, poesía o teatro. Señor, consiguió encender la pasión y mucha gente tiene ganas de hacerlo. Un amigo mío del centro cultural de mi distrito ha empezado una novela que versa sobre la vida de una doctora rural. No quería copiarle, aunque la verdad es que yo conozco mucho mejor que él la historia y los secretos de la profesión de mi tía; de todas maneras démosle una oportunidad. Por lo tanto, señor, a mí me gustaría concentrarme en el género del drama y contar la vida de mi tía mediante una obra de teatro. Me abrió la mente cuando charlamos la segunda noche del calendario lunar en mi casa. La profunda evaluación y minucioso análisis que hizo sobre las obras de teatro del escritor francés Sartre me dio muchas ideas. Sí, quiero escribir, quiero hacer obras de teatro tan buenas como *Las moscas* y *Las manos sucias*. Leeré a todos los maestros maravillosos y me esforzaré para alcanzar su nivel. Me atenderé a sus indicaciones: no apresurarse, escribir con calma, igual que una rana cuando espera tranquilamente a los insectos sobre la flor de loto. Una vez decidido, me pondré en marcha al instante, igual que una rana cuando salta a capturar insectos.

Cuando nos despedimos, en el aeropuerto de Qingdao, me dijo que sería estupendo si le mandaba por correo los recuerdos que guardo de mi tía paterna. Aunque sigue vivita y coleando, podemos describir su vida y su pasado con palabras como «memorable» o «atrevida». Ella tiene una larga historia que contar, por lo que desconozco cuántas páginas podría ocupar. Por eso, le quería pedir permiso para escribir hasta que me fallara la memoria. En esta época informática, escribir con papel y pluma se ha convertido en un ocio

lujoso. Solo espero que cuando usted reciba mis cartas le transmitan una alegría evocadora.

Por cierto, mi padre me llamó para decirme que el día 25 del mes pasado, en el ciruelo «de tronco divertido», tal y como usted lo definió, brotaron muchas flores rojas. Mucha gente vino a mi casa a contemplarlas, y por supuesto vino mi tía. Mi padre me dijo que aquel día nevó mucho, pero el aroma de los ciruelos se impregnó entre los copos de nieve, y cada vez que inhalaban aire, se les refrescaba la mente.

Su alumno: Renacuajo
A 21 de marzo de 2002 en Beijing



Señor, en mi pueblo, teníamos la antigua tradición de bautizar a los niños recién nacidos con los nombres de los órganos o de las partes del cuerpo importantes. Por ejemplo, Chen Bi, *el Narizón*; Zhao Yan, *el Ojitos*; Wudachang, *la Tripa*; Sun Jian, *los Hombros*... Sin embargo, aunque no he estudiado el origen de esta tradición, supongo que debe provenir del convencimiento de que «los nombres humildes dan longevidad», o posiblemente se hiciera porque las madres consideraban que los hijos eran carne que se separaba de sus cuerpos. Hoy en día, esta tradición está ya obsoleta; los padres jóvenes no quieren llamar a sus hijos de una manera extraña. Ahora, los chavales de mi pueblo tienen nombres tan elegantes y peculiares como los de los personajes de las series de televisión de Hong Kong y Taiwán, es decir, de Japón y Corea. Y los muchachos que recibieron los nombres según la vieja tradición han dejado de usarlos, aunque siempre hay excepciones como Chen Er y Chen Mei¹.

El padre de Chen Er y Chen Mei, Chen Bi, fue conmigo a la escuela y más tarde fue mi amigo en la adolescencia. Nos incorporamos en el año 1960 a la Escuela Primaria de Dayanglan. Era una época de hambruna, así que todos los acontecimientos inolvidables que guardo en mi memoria de entonces están vinculados, sin duda,

1.«Er» en chino significa «oreja» y «Mei» significa «ceja» [N. del T.].

con la comida. Imagino que todavía recordará la famosa historia de que comíamos carbón. Mucha gente estaba convencida de que era un invento burlesco. No obstante, le juro por mi tía que era verdad.

La mina de Longkou contaba con una tonelada del mejor carbón; jamás he visto un carbón tan brillante como ese, capaz de reflejar las caras de quienes se pusieran delante. Recuerdo también que esa fue la única vez que encontré aquellas joyas negras. Wang Jiao, el carretero, transportaba el carbón desde el centro del distrito hacia nuestro pueblo. Era un hombre con la cabeza gigante y un cuello fuerte, y cuando hablaba se le enrojecía la cara porque era tartamudo. Sin embargo, en sus ojos brillaba la luz de la inteligencia. Su hijo Wang Gan y su hija Wang Dan iban conmigo a clase. Son gemelos bivitelinos. Él es alto y fuerte pero ella siempre ha sido muy bajita, o mejor dicho, casi enana. Mucha gente dice que cuando los dos estaban en el cuerpo de su madre, el hermano se apoderó de casi todos los nutrientes y apenas los compartió con su hermana. Por eso, Wang Dan salió diminuta.

Un día, al salir de la escuela, vimos que su padre estaba descargando el carbón del carro. Nos acercamos con mucha curiosidad. Los pedazos de carbón aterrizaron uno por uno en el suelo, mientras que las gotas de sudor de Wang Jiao se deslizaban una por una de su cuello al carbón. Sacó un pañuelo azul para secarse, y justo en ese momento vio a sus hijos mirando, fisgando, husmeando el carro. Entonces les gritó:

—Volved a casa a cortar el césped.

Wang Dan se dio la vuelta y empezó a correr. Si se descuidaba perdería el ritmo y correría desacompasadamente, como si fuera una niña aprendiendo a andar. Wang Gan solo retrocedió un poco, sin inmutarse, porque estaba muy orgulloso del trabajo de su padre. Hoy en día este orgullo es inexistente, incluso para los chicos cuyos padres son pilotos.

El carro, que tenía dos enormes ruedas polvorientas, estaba tirado por un mulo y un caballo de batalla, al que premiaron con un estigma en la grupa por transportar proyectiles durante la guerra. El mulo tenía un temperamento irritable; solía hacer daño a la gente con las

patas traseras y a veces mordía, pero las ventajas que tenía eran su fuerza inagotable y su velocidad incomparable. La única persona de nuestro pueblo que podía controlarlo era Wang Jiao. Mucha gente envidiaba su trabajo, pero dejaron de hacerlo porque tenían miedo de ese mulo rabioso. El animal había herido a dos niños con su gran hocico. El primero fue Yuan Sai, hijo de Yuan Lian, y la segunda fue Wang Dan. Un día, el carro estaba atado a la puerta de su casa y esta chica diminuta empezó a jugar delante del cuadrúpedo. De repente, el animal la cogió por la cabeza con su gran hocico y la levantó por los aires.

Wang Jiao era una persona a la que respetábamos y temíamos debido a su altura y a su fuerza. Medía un metro noventa y era tan fuerte como un toro. Era capaz de levantar sin apenas esfuerzo una piedra de molino de cien kilos por encima de la cabeza, gracias a sus musculosos brazos. Supongo que para nosotros lo más horroroso era su inmisericorde látigo. Todavía recuerdo el día en que el loco mulo hirió a Yuan Sai en la cabeza. Wang Jiao engalgó su carro, fijó los pies en el suelo, levantó el látigo y empezó a dar golpes al mulo en la grupa. A cada golpe le seguía una herida sangrienta y le acompañaba un horrible ruido. Al principio, el mulo levantó las patas traseras para defenderse, pero fue en vano. Enseguida agachó la cabeza, se tumbó en el suelo y se quedó ahí temblando. Al final, el padre de Yuan Sai, Yuan Lian, Secretario de una célula del Partido Comunista, cuyo cargo era el más elevado en nuestro pueblo, dijo:

—Señor Wang, no lo mate.

Como Wang Jiao no se atrevía a desobedecer sus palabras, cesó. Por eso, cuando el mulo hirió a Wang Dan, deseábamos ver otro espectáculo parecido al de Yuan Sai, pero en cambio no fue como esperábamos. Tan solo cogió un poco de cal de la montaña que había junto al camino y la echó por encima de la cabeza de su hija. Según dicen, después de llegar a casa no golpeó al mulo sino que le dio un latigazo a su esposa y un puntapié a Wang Dan.

No perdíamos de vista a ese mulo loco y hablábamos sin parar de ese animal esquelético, que tenía los ojos tan hundidos que hasta le hubiera cabido un huevo en cada cuenca. Percibimos una mirada

tan desesperada que parecía que se iba a poner a llorar en cualquier momento. No podíamos imaginar que un mulo tan flaco como ese pudiese tener una fuerza tan extraordinaria. Estábamos discutiendo sobre el tema a medida que nos acercábamos al animal cuando Wang Jiao nos vio, dejó de trabajar y nos clavó una mirada espantosa, tanto que no nos atrevimos ni a dar un paso más. Enseguida vació el carbón del carro y lo amontonó delante de la cocina de la escuela. Justo en ese momento, un olor fantástico impregnó nuestros olfatos y todos empezamos a acercarnos a él a la vez. El olor a colofonia quemada, que a veces se parece al de la patata asada, provenía de una pila de carbón, de un carbón reflectante.

Ese día, cuando Wang Jiao se fue de la escuela, no le perseguimos como siempre hacíamos para saltar en su carro, arriesgándonos a ser castigados por su látigo, sino que nos quedamos mirando fijamente al carbón y avanzamos poco a poco hacia él. Vimos al cocinero Wang dirigirse hacia la cocina con una vara sobre los hombros y un cubo pendiendo de cada lado. Su hija Wang Renmei era una de las pocas niñas de nuestro pueblo a la que no le habían puesto el nombre de ninguna parte del cuerpo, y también era la niña de mi clase que más adelante se convertiría en mi esposa. Wang era un señor muy educado y se había encargado de la granja de la comuna hasta que le despidieron por decir unas palabras fuera de tono. Nos miró con sospecha; posiblemente pensaba que íbamos a entrar en la cocina a robar comida, por lo que nos dijo:

—¿Qué coño estáis haciendo aquí? Volved a casa a chuparle las tetas a vuestra madre.

Estas palabras se clavaron en nuestros oídos y después de darle vueltas a lo que nos había dicho llegamos a la conclusión de que no era nada más que un insulto, porque si en aquella época todos éramos niños de siete u ocho años, ¿cómo íbamos a seguir alimentándonos de leche materna? Y aunque hubiésemos querido seguir tomando leche, dado que nuestras madres se estaban muriendo de hambre, ¿cómo iban a ser siquiera capaces de ofrecérnosla? Pero en ese momento nadie le llevó la contraria a Wang. Nos pusimos delante de la pila de carbón, bajamos la cabeza y nos echamos hacia delante, como

si fuéramos expertos en geología explorando gemas fascinantes. Olfateamos alrededor, como si fuéramos perros en busca de comida entre escombros, hasta que por fin percibimos ese olor irresistible. Hablando de nuestra búsqueda, el éxito se debió a Chen Bi y a Wang Dan. Fue Chen Bi el primero que cogió un trozo de carbón y se lo acercó a la nariz, que era tan gigante que siempre nos reíamos de ella; frunció el ceño, olfateó el carbón y se quedó allí ensimismado, pensando y pensando. Después de unos minutos, levantó el carbón de repente y lo lanzó contra otro trozo más grande para romperlo. En el instante en que se partió, al ruido le prosiguió un aroma intenso, que se expandió rápidamente entre nosotros. Entonces eligió un trozo y Wang Dan otro. Chen Bi lo probó con la lengua, lo degustó mientras movía los ojos, luego fijó la mirada en nosotros; la niña le imitó, probó el carbón que tenía en la mano y también nos miró. Los dos giraron la cabeza a la vez, se miraron al unísono, rompieron a reír y empezaron su aventura, intentando mordisquear un poquito de carbón con los incisivos, con cuidado, hasta que enseguida le pegaron otro mordisco y luego otro, y así continuaron felizmente. La alegría iluminaba sus caras. El narizón de Chen Bi tenía las mejillas encendidas y estaba cubierto de sudor. La nariz de Wang Dan se había ensuciado por el polvillo del carbón. Nos fascinaba el sonido de los mordiscos pero nos atemorizaba verles devorar el carbón. El niño nos dijo en voz baja:

—¡Venga, hombre, que está delicioso!

La niña nos dijo con su voz aguda:

—Hermanos, comedlo.

Chen Bi cogió otro trozo y empezó a comer más rápido. Entonces le pasó a Wang Dan un pedazo muy grande. Nos tocaba a nosotros probar. Después de verlos a ellos, ya habíamos aprendido a comer carbón, así que lo rompimos y mordisqueamos un poquito para averiguar su sabor. No estaba mal, aunque era un poco áspero. Chen Bi nos señaló un trozo de carbón que tenía una parte amarillenta y brillante, parecía ámbar, y al mismo tiempo nos invitó a probarlo con generosidad:

—Probad este, que tiene sabor a colofonia.

El rector de nuestra escuela, Wu Jinbang, nos había dado la asignatura de Ciencias Naturales y nos enseñó que el carbón era un tipo de yacimiento que surge de la transformación de vegetales enterrados bajo tierra. Sin embargo, no le creíamos ni a él ni al libro de texto, porque no nos convencía que el verde de los vegetales del bosque se pudiera transformar en el color negro del carbón. Siempre habíamos cuestionado lo que nos decía, hasta que en ese momento encontramos la colofonia escondida entre el carbón. Entonces comprobamos que nuestro rector no mentía ni el libro tampoco.

Nuestra clase estaba formada por treinta y cinco alumnos. Excepto un par de niñas, todos los demás estábamos allí, mordiendo ruidosamente el carbón, *chic-chac, chic-chac*, con caras misteriosas y apasionadas. Era como si estuviéramos en medio de una actuación o de un juego extraño. Xiao Xiachun estaba manoseando un trozo de carbón, pero no quería comérselo porque no tenía hambre. Eso se debía a que su padre era el guardián del granero.

El cocinero Wang se asustó al vernos y se dirigió inmediatamente hacia nosotros con las manos cubiertas de masa de harina de trigo. ¡Oh, dios mío, era harina de trigo! En esa época, solo cuatro personas tenían la posibilidad de comerla en el comedor de nuestra escuela: el rector, el director de conducta y tutor y dos funcionarios de la comuna que trabajaban en nuestro pueblo desde hacía mucho. Wang nos preguntó:

—¿Niños, qué estáis haciendo? ¿Estáis... estáis comiendo carbón? ¿Es comestible el carbón?

Wang Dan levantó un trozo con su manita y le contestó tranquilamente con su aguda voz:

—Señor, es muy rico. Mire, compartiré un poco con usted, pruébelo.

Wang negó con la cabeza y dijo:

—Wang Dan, tú, chiquilla, ¿por qué te juntas en las travesuras de estos malditos niños?

Wang Dan mordió el carbón y contestó:

—Señor, de verdad, es exquisito.

Era el momento del atardecer; el sol, redondo y rojo, estaba

desapareciendo por el Oeste. Los dos funcionarios, que se estaban acercando al comedor en bicicleta, fijaron la mirada en nosotros. El cocinero Wang agitó una vara en el aire para expulsarnos, pero uno de los funcionarios de la comuna, que se apellidaba Yan —era el Vicesecretario General de la comuna—, levantó la mano y le detuvo. Entonces nos miró con compasión y se metió en el comedor a toda prisa.

Al día siguiente, cuando estábamos en clase con la profesora Yu, comimos carbón a escondidas. Todos teníamos la boca negra, decorada con el polvillo de carbón. Hasta las niñas que el día anterior no habían formado parte del banquete también empezaron a comer carbón, bajo las instrucciones de Wang Dan. La hija del cocinero Wang, Wang Renmei —mi primera esposa—, también disfrutó de la delicia del carbón. Ahora recuerdo que siempre ha padecido de gingivitis, porque de comer carbón se le inflamaron las encías y siempre le sangraba la boca.

Tras escribir unos caracteres en la pizarra, la profesora se dio la vuelta, nos miró con atención y le preguntó a su hijo, mi compañero de clase Li Shou:

—Shou, ¿qué estáis comiendo?

—Carbón, mamá.

—*Seño*, estamos comiendo carbón. ¿Quiere probar un poco?

Hasta Wang Dan, que estaba sentada en primera fila, levantó su trozo de carbón al aire y empezó a chillar —parecía un minino gritando—. La profesora Yu se levantó de su silla, se acercó a la primera fila, cogió el carbón de la mano de Wang Dan, lo examinó, se lo puso debajo de la nariz y se quedó callada durante bastante tiempo, sin decir ni una sola palabra. Después se lo devolvió a Wang Dan y dijo:

—Bueno, niños, abrid el libro por la lección seis, titulada «El zorro y el cuervo»: «Érase una vez un cuervo que se encontró un trozo de carne y subió muy contento a lo alto de un árbol para comérselo y descansar. Pero debajo del árbol había un zorro que le dijo al cuervo: “Señor Cuervo, no sabe lo maravilloso que es su canto. Si canta,

todos los pájaros se quedarán mudos”. La alabanza le impulsó a cantar y, en el momento de abrir su pico, la carne cayó directa a la boca del zorro...». —La profesora nos leyó este cuento y luego lo recitamos con nuestras bocas negras.

Me extrañó mucho que la profesora Yu, una persona con educación, imitara al resto de habitantes de nuestro pueblo y bautizara a su hijo con el nombre de Li Shou, *Mano Pequeña*; un nombre tradicionalmente vulgar. Pero Li Shou logró entrar en la Universidad de Medicina y sacó unas notas excelentes. Después de licenciarse volvió aquí a trabajar en el hospital de nuestro distrito. Ahora es nuestro cirujano. Recuerdo que una vez que Chen Bi cortaba el césped y se cortó por accidente cuatro dedos, Li Shou consiguió que recuperase tres de ellos.

二

¿Por qué Chen Bi tiene una nariz tan extraordinariamente grande? Solo su madre nos lo podría aclarar.

Chen E, el padre de Chen Bi, cuyo mote familiar era Tianting, *Frente Grande*, era la única persona de nuestro pueblo que tenía dos esposas. Antes de la Liberación, era dueño de siete hectáreas de tierra fértil y de una licorería, y tenía negocios hasta en Haerbin. Su primera esposa fue una mujer de nuestro pueblo con la que tuvo cuatro hijas. En la víspera de la Liberación, Chen E se exilió; poco después, alrededor del año 1951, Yuan Lian y dos milicianos fueron al noreste para capturarlo. Cuando Chen E se fue del pueblo, nadie le acompañó, pero cuando volvió, sin embargo, se trajo a una mujer rubia de ojos azules de unos treinta años. Se llamaba Elena. Cuando llegaron al pueblo, ella traía entre los brazos a un perro que tenía manchas negras por todo el cuerpo. Como se habían casado antes de la Liberación, Chen E tenía legalmente dos esposas.

Unos inoportunos solteros se pusieron hechos unas fieras y se burlaban constantemente de Chen E, al que le pedían que les diera

una de sus mujeres. Cada vez que él escuchaba estas bromas pesadas se quedaba con la boca abierta y era imposible saber por la expresión de su cara si estaba a punto de reír o de llorar.

Al principio, las dos mujeres vivían juntas con Chen E, pero se podían oír sus feroces peleas desde muy lejos. Chen E le pidió permiso a Yuan Lian para instalar a su segunda mujer en las dos habitaciones laterales de la escuela, dado que esta se encontraba en uno de los edificios de la familia de Chen. Chen E llegó a un acuerdo con sus dos mujeres para que se alojaran en las dos casas de forma alterna. El perro de la mujer de pelo rubio murió en una pelea con otros perros callejeros de nuestro pueblo. Cuando lo enterró estaba embarazada de varios meses. Poco después, nació Chen Bi y alguien dijo que era la reencarnación del perro, puesto que su hábil olfato tenía algo que ver con aquel animal.

En aquel entonces, mi tía se había ido a la capital del distrito para aprender los nuevos métodos de asistencia en partos, y más adelante se convirtió en la matrona oficial de los pueblos de alrededor. Eso fue en el año 1953.

En aquella época los campesinos desconfiaban de la atención ginecológica que se les daba a las mujeres, dado que las viejas comadronas del pueblo, a quienes llamábamos las «*abuelitas*», habían lanzado terribles rumores al respecto. Decían que si las mujeres embarazadas se hacían revisiones ginecológicas los niños saldrían locos. ¿Por qué se inventaron tal chisme? Si se hubiese extendido de una manera más generalizada, hubiesen acabado en el parto.

Cada vez que una *abuelita* traía a un niño a este mundo, la invitaban a un banquete y le daban dos toallas blancas y diez huevos como retribución. Recuerdo que siempre que mencionaba a estas *abuelitas*, mi tía me decía que las odiaba a muerte. Me contó que numerosos niños e incontables mujeres murieron en sus manos. La opinión de mi tía me había dejado una impresión horrorosa de esas viejas matronas. Para mí eran como diablos con uñas largas que lanzaban fuego verde por los ojos y un vaho asqueroso por la boca. Mi tía me contó que utilizaban un rodillo para empujar la barriga de las mujeres que estaban dando a luz. A veces les metían una toalla en la boca a las

mujeres para que el niño no les saliese por ahí. Estas viejas matronas no tenían ningún conocimiento del cuerpo humano y tampoco tenían idea de los órganos femeninos. Me dijo que en el caso de los partos con complicaciones las *abuelitas* metían las manos hasta el útero e intentaban arrancar al niño con todas sus fuerzas para sacarlo del cuerpo de su madre; en algunas ocasiones sacaban al niño y el útero.

Durante muchos años pensé que si alguien me preguntaba quiénes creía que eran las personas que merecían morir, hubiese contestado sin vacilar que estas *abuelitas*. Cuando crecí, entendí que mi tía era un poco exagerada. Era cierto que había comadronas crueles e ignorantes, pero también existían unas *abuelitas* sabias que conocían todos los secretos del cuerpo de la mujer gracias a su vasta experiencia. Mi abuela fue una de estas comadronas. Fue la *abuelita* más sosegada de todas. Insistía en la idea: «A su tiempo maduran las brevas», y pensaba que lo único que debía hacer una buena matrona era animar a las mujeres que estaban pariendo. Una vez que saliese el niño le cortarían tranquilamente el cordón umbilical, luego le echaría un poco de cal y después envolvería al bebé entre mantas. Pero mi abuela no tuvo mucha acogida en el pueblo porque todo el mundo la criticaba por perezosa. Al parecer, preferían a las comadronas que gritaban, se inquietaban y sudaban tanto como las mujeres que estaban dando a luz.

Mi tía es hija del hermano mayor de mi abuelo, que era médico del Ejército de la Octava Ruta. Primero estudió medicina tradicional china, pero cuando se enroló en el Ejército aprendió medicina occidental con el doctor Bethune. Cuando se enteró de la noticia del fallecimiento de su profesor, cayó muy enfermo, casi en coma, y dijo que echaba de menos a su madre, ya que así el Ejército le permitiría volver a casa para recuperarse. Cuando regresó a nuestro pueblo mi bisabuela seguía viva. Nada más entrar en el patio pudo oler el aroma de su famosa sopa de soja.

Siempre que mi bisabuela preparaba la sopa, su cuñada solía venir a ayudarla, pero ella no se lo permitía, así que la separaba del fogón con su bastón. Aquel día mi abuelo se sentó en el umbral de la puerta

y esperó con calma. Mi tía me dijo que en aquel entonces la bisabuela aún tenía buena memoria. La llevó hasta su padre y le pidió que le llamara «papá», pero mi tía sintió miedo; se escondió detrás de su madre y lo miró de reojo. Aunque había oído muchas historias sobre su padre, cuando lo tuvo delante de sus ojos le pareció un desconocido. Estaba ahí sentado en el umbral de la puerta, con la cara pálida, el cabello muy largo y alborotado. Tenía piojos correteando por el cuello. Llevaba una chaqueta rota y el algodón se veía entre los descosidos. Mi bisabuela rompió a llorar mientras cocinaba. Cuando la sopa estuvo lista, mi abuelo ni siquiera esperó a que se enfriase un poco. Levantó el cuenco y se la bebió a toda prisa. Mi bisabuela murmuró:

—Hijo mío, no te precipites, hay sopa de sobra.

Las manos de mi abuelo temblaban. Cuando se terminó el primer cuenco de sopa, cogió otro, y cuando terminó el segundo empezó a sudar; el sudor le recorrió todo el cuello y sus manos cesaron de temblar. Recuperó el brillo en los ojos y la palidez de su cara desapareció. Mi tía me contó que en ese momento se oyó un fuerte ruido procedente del estómago de su padre, como si la piedra de un molino estuviera girando. Dos horas después mi abuelo fue al servicio; tuvo un diarrea tan fuerte que parecía que estuviese echando todo el intestino fuera de su cuerpo. Poco a poco, se fue recuperando, y al cabo de dos meses estuvo como nuevo, lleno de energía.

Le comenté a mi tía que en la obra titulada *La historia de un filólogo*² había un cuento parecido. Mi tía me preguntó qué era *La historia de un filólogo*. Le contesté que era una obra clásica de la literatura china. Entonces me miró y me dijo un poco molesta:

—Si aparece la misma historia en una obra clásica de literatura, ¿por qué sigues poniéndola en duda?

Cuando mi abuelo se recuperó completamente, quiso volver al Ejército. Mi bisabuela le suplicó:

2. *La historia de un filólogo* es una obra clásica de la literatura china. Es una novela escrita por Wu Jingzi en el año 1750 de la última dinastía Ping [N. del T.].

—Hijo mío, no me queda mucho de vida. Vete de casa cuando me muera.

Pero no pudo convencerle, así que le tocó el turno a mi tía:

—Papá, mamá dijo que si quieres regresar al Ejército, primero nos tienes que dar un hermanito.

Cuando los jefes de la división militar de Jiaodong, apostada al Este de la provincia Shandong, se enteraron del regreso de mi abuelo, fueron a su casa para persuadirle de que se incorporara a su unidad. Como mi abuelo fue alumno del doctor Bethune, tenía mucha fama. Mi abuelo les contestó que pertenecía a la división de Jinchaji, en la frontera provincial de Shanxi. Sin embargo, los jefes de la división de Jiaodong le dijeron:

—Si somos comunistas, ¿qué más da dónde ofrezcamos servicio? Nos hace falta un talento como usted, Lao Wan. Cueste lo que cueste, queremos que se quede aquí —dijo el comandante Xu—. Si no le podemos convencer por las buenas le ataremos, le llevaremos a su nueva oficina y luego le prepararemos un banquete para pedirle disculpas.

Por tanto, mi abuelo se quedó en la división militar de Jiaodong y fundó el hospital clandestino Xihai del Ejército de la Octava Ruta.

Este hospital clandestino estaba muy bien oculto. Todas las habitaciones e instalaciones se colocaron bajo tierra en Zhujia del distrito Tong y de la ciudad Laizhou. Wang Xiulan trabajaba entonces como enfermera en este hospital bajo la dirección de mi abuelo, y hoy en día es una señora de ochenta y ocho años.

En aquella época, las salidas de las habitaciones subterráneas eran los pozos del pueblo. Un día, una chica fue a coger agua a uno de ellos. De repente sintió que se le atascaba el cubo. Cuando asomó la cabeza para echar un vistazo vio a un paciente que estaba descansando en la salida de su habitación haciéndole burla.

La fama de las sobresalientes técnicas de mi abuelo se extendió por todo Jiaodong. Consiguí sacarle al comandante Xu una pieza de artillería que se le había quedado atrapada entre los omóplatos; atendió a la esposa del señor Li —el comisario político— de un parto complicado, salvándoles la vida tanto a la madre como al niño. Hasta

el general japonés Sugitani, que se apostaba en la ciudad de Pingdu, conoció la fama de mi abuelo. Un día salió a saquear un pueblo montado en su caballo cobrizo de importación y el animal se hirió con una mina. El general abandonó al caballo y escapó. Mi abuelo operó a este animal, y cuando se recuperó se convirtió en la montura del coronel Xia. Sin embargo, el caballo no podía olvidar a su anterior dueño, por lo que un día cortó la cabezada de la brida con el hocico y volvió a Pingdu. Cuando Sugitani vio a su precioso caballo se sorprendió y alegró a la vez. Enseguida mandó a unos agentes secretos para que se enterasen de toda la historia. Finalmente supo que el Ejército de la Octava Ruta había construido un hospital subterráneo y que su director, el legendario doctor Wan Liufu, fue la persona que salvó la vida de su caballo. Este general japonés se licenció en medicina occidental y estimaba mucho a mi abuelo, aunque siempre pensaba en hacer trampas para que se rindiera. En consecuencia, Sugitani preparó un ardid que había leído en la novela histórica china *El romance de los Tres Reinos*: envió a unos agentes para que entrasen a hurtadillas en nuestro pueblo y secuestraran a mi bisabuela, mi abuela y mi tía. Después de llevarlas a la ciudad de Pingdu, le mandó una carta a mi abuelo. Pero este era un partidario fiel del comunismo. Después de leer la carta de Sugitani, la arrugó, la pisoteó y la tiró a la basura. El comisario político del Hospital Men cogió la carta y la envió a la oficina central de la división militar. El comandante Xu y el comisario político Li escribieron una carta a Sugitani criticándole por su falta de tacto. En la carta le decían que si se atrevía a hacer cualquier daño a las tres familiares de Wan Liufu, reunirían a toda la fuerza militar y arrasarian la ciudad de Pingdu.

Cuando le pregunté por aquellos días mi tía me dijo que estuvieron en Pingdu durante tres meses. Me contó que les dieron buena comida y que no sufrieron nada. El general Sugitani era entonces un joven con gafas de pasta plateadas y bigote, y parecía un sabio capaz de hablar chino con fluidez. A mi bisabuela la llamaba «la señora», a mi abuela, «la estimada cuñada» y a mi tía, «la sobrina». Mi tía me dijo que este Sugitani no le causó una mala impresión. Sin embargo, estas palabras son secretos de familia; ella no diría eso en público

jamás. Al contrario, diría que sufrieron mucho, que los japoneses las torturaron en la cárcel, que sufrieron amenazas y abusos. Nunca cambiaría de idea.

Señor, no acabaría en tres días si le siguiera relatando las leyendas de mi abuelo. Sin embargo, su fallecimiento merece la pena contarlo. Mi tía me explicó que murió intoxicado por un gas a manos de los japoneses mientras estaba operando a un paciente. En los documentos históricos del Comité Consultativo Político de nuestro distrito aparece registrada la misma historia. No obstante, hay una persona que en privado dio otra versión. Dijo que mi abuelo se metió ocho granadas en el bolsillo, montó un mulo y entró en la ciudad de Pingdu para salvar a su esposa, su hija y su madre. Sin embargo, desafortunadamente, pisó por accidente una mina que los milicianos del pueblo Zhaojia habían enterrado. La persona que difundió esta noticia es Xiao Shangchun, andero del Hospital Xihai. Este hombre era una persona extraña, y después de la Liberación trabajó como guardián del granero de la comuna. Se hizo famoso por inventar un raticida. Cuando se publicó la noticia sobre su invento en el periódico se cambió el nombre. En lugar de Shangchun se hizo llamar Shiaschun. Sin embargo, utilizó un elemento químico que era mortal y el Gobierno lo quitó del mercado hace mucho tiempo. Entonces volvió a su nombre original. Él odiaba a mi tía, por lo que sus palabras no son fiables. Un día me dijo:

—Tu abuelo desobedeció las órdenes del Ejército, abandonó a sus pacientes y quiso hacer gala de su heroísmo de forma egoísta. Antes de actuar, se bebió un litro de licor para animarse, por lo que se puso terriblemente borracho y por error pisó la mina de los milicianos. —Xiao Shangchun se rió él solo de sus tonterías, dejó entrever sus grandes dientes amarillos y continuó—: Tu abuelo y ese mulo volaron por los aires en miles de trozos de carne. Los recogieron con dos canastas de mimbre. En ellas se veían los brazos de tu abuelo y las patas del mulo. Echaron todos los restos mezclados al féretro, que era muy bueno porque se lo robaron a una familia rica del pueblo Lancun.

Le conté a mi tía todo lo que me había dicho Xiao Shangchun. Recuerdo que se puso furiosa y dijo:

—¡A ese imbécil voy a castrarlo algún día! Hijo, no creas ni una palabra de lo que te ha dicho. Tu abuelo fue un héroe nacional en la guerra contra los japoneses. ¡Fue un mártir! Su tumba se encuentra entre las de los mártires nacionales y hay una exposición en el Museo Histórico con los escalpelos que utilizó y unos zapatos suyos. Son unos zapatos de piel hechos en Inglaterra que le regaló Norman Bethune.

三

Señor, el objetivo de darme mucha prisa en terminar de contarle la historia de mi abuelo es para empezar a relatarle la de mi tía con calma.

Mi tía nació el 13 de junio de 1937 del calendario occidental y el 5 de mayo del calendario lunar. Como coincidió con la fiesta tradicional Duanyang le pusieron el sobrenombre familiar de Duan Yang. Sin embargo, su nombre oficial es Wan Xin, *Corazoncito*. Fue mi abuelo quien lo eligió, ya que decidió respetar la vieja tradición y al mismo tiempo desearle lo mejor a mi tía.

Después del fallecimiento de mi abuelo, mi bisabuela murió en Pingdu debido a una grave enfermedad. La división militar de Jiaodong aprovechó todos sus contactos internos para rescatar a mi abuela y a mi tía. Al final las trasladaron a la zona liberada e inscribieron a mi tía en la escuela de Kangri para que empezase a estudiar. A mi abuela le ofrecieron un trabajo en la confección de calzado en una fábrica. Después de la Liberación, los descendientes de mártires como mi tía tuvieron muchas oportunidades de migrar a las grandes ciudades para buscar un futuro mejor, pero mi abuela no quería abandonar su pueblo natal, que amaba profundamente, y mi tía no quería separarse de su madre. Cuando los jefes de nuestro distrito le preguntaron a qué se pensaba dedicar, contestó que lo único que quería era seguir el ejemplo de su padre. Por lo tanto se apuntó en una escuela local de sanidad pública. Cuando se graduó solo tenía dieciséis años y enseguida empezó a trabajar en el hospital del distrito. Justo ese año

asistió al curso de ginecología de asistencia en partos organizado por el Buró de Sanidad del distrito. A partir de entonces, su destino fue dedicarse a esta sagrada profesión. Si contamos desde el primer niño que trajo a este mundo el 4 de abril de 1953 hasta la Fiesta de la Primavera del año pasado, mi tía me dijo que había asistido en el parto de más de diez mil bebés. En los casos en los que cooperó con otro médico, cada dos intervenciones cuentan como una. A usted también le dijo la misma cifra. Pero supongo que habría exagerado un poco. Sin embargo, siete u ocho mil niños sí que es una cifra posible.

Mi tía enseñó más adelante a siete estudiantes. Una de ellas se llamaba Leoncita. Tenía el pelo largo y rizado, la nariz respingona y mucho acné en la cara. Siempre fue una gran admiradora de mi tía. Si le hubiese mandado matar a alguien no le hubiese preguntado por qué; siempre ha sido muy fiel a su profesora.

Ya le he comentado que, en la primavera de 1953, las mujeres de nuestro pueblo desconfiaban mucho de los nuevos métodos de atención ginecológica debido a que las *abuelitas* habían extendido terribles rumores al respecto. Aunque mi tía solo tenía diecisiete años entonces, enseguida se convirtió en una de las doctoras célebres más influyentes y respetadas por los habitantes de Dongbeixiang, pueblo de Gaomi, gracias a sus legendarias experiencias y a sus honorables antepasados. Además, la belleza de mi tía también era digna de admiración. No me refiero a su pelo, ni a su cara, ni a su nariz, ni a sus ojos. Lo más destacado eran sus dientes. Como el agua de aquella zona tenía un alto porcentaje de flúor, tanto los jóvenes como los mayores tenían los dientes negros. Pero mi tía pasaba mucho tiempo en la zona liberada de Jiaodong y bebía agua de la fuente natural. Además, aprendió de los soldados del Ejército de la Octava Ruta a cepillarse los dientes, y posiblemente esta fue la razón por la que sus dientes no se vieron contaminados por el flúor. Mi tía tenía dos hileras de dientes blancos y brillantes, que eran la envidia general, sobre todo de las chicas.

El primer niño al que mi tía ayudó a traer al mundo fue Chen Bi. Se lamentó mucho de que este niño fuera el primero porque siempre se imaginó que sería un descendiente de los héroes revolucionarios.

Sin embargo, trajo al mundo al bebé de un terrateniente. Pero, como quería revolucionar los antiguos métodos de asistencia al parto, mi tía no vaciló en hacerlo.

Cuando recibió la noticia de que Elena estaba a punto de parir, volvió al pueblo a toda prisa en una bicicleta, que apenas se utilizaban en aquella época, y con una caja de medicinas al hombro. El camino desde el hospital del distrito hasta nuestro pueblo era de cinco kilómetros, pero mi tía solo tardó diez minutos en llegar. La esposa de Yuan Lian, el Secretario General de la célula del pueblo, vio la escena y dijo que mi tía pasó a tal velocidad por el puente estrecho de piedra que un perro que estaba jugando ahí en ese momento se cayó al agua del susto.

Cuando mi tía entró a toda prisa en la habitación de Elena con la caja de medicinas, una de las *abuelitas* del pueblo, Tian Guihua, ya estaba allí. Era una mujer de unos sesenta años, con la boca pequeña y la cara muy flaca. Gracias a dios, ya es parte de la tierra. Tian Guihua fue un miembro activo del antiguo grupo de intervención en los partos. Lo que vio mi tía nada más entrar por la puerta fue a Tian Guihua cabalgando sobre el cuerpo de Elena mientras empujaba con todas sus fuerzas el abdomen de la joven, que era enorme. Esta *abuelita* padecía de bronquitis crónica, por lo que el ruido que salió de su garganta se fundió con el grito de dolor de Elena, lo que creó un ambiente terriblemente tenso. El terrateniente Chen E se quedó de rodillas en una esquina de la habitación, dando cabezazos a la pared como si fuera un pájaro carpintero, mientras recitaba algo indescifrable.

Mi tía había visitado muchas veces la casa de Chen E, así que conocía muy bien la disposición de las estancias. Era una vivienda de dos habitaciones cuyas puertas daban al Oeste. Las habitaciones eran bajas y pequeñas. Al entrar, había un fogón con un *wok* tradicional pegado a una pared de poca altura que separaba el dormitorio de la pequeña cocina. En el dormitorio solo había un *kang*, una cama hecha de barro. Cuando mi tía entró y vio lo que estaba pasando en el *kang*, sintió una furia incontrolable que se apoderó de ella. Según mi tía, estaba a punto de ser poseída por las llamas de la ira. Dejó su caja

de medicinas, subió al *kang* de un salto, cogió a la *abuelita* por el brazo izquierdo con la mano izquierda, la agarró por el hombro derecho con la mano derecha y la tiró hacia atrás. La anciana se cayó de golpe al suelo. Su cabeza chocó contra el orinal, la orina se extendió por el suelo y toda la habitación se impregnó de un olor asqueroso. La *abuelita* se hizo una brecha, por lo que emanó mucha sangre oscura de su cabeza. En realidad, no era una herida muy grave, pero la anciana chilló con todas sus fuerzas, de manera exagerada. Cualquiera persona normal se hubiese asustado y paralizado ante un grito tan agudo como ese. Mi tía, sin embargo, no sintió miedo alguno, porque era una persona heroica.

Sin perder un segundo se quedó a un lado del *kang*, se puso los guantes de plástico y le dijo a Elena seriamente:

—No llores ni grites. Esas dos acciones no sirven de nada ahora. Si quieres vivir, escucha mis órdenes. Haz lo que te diga. —Elena se quedó profundamente impresionada con mi tía. Entonces aún no conocía sus historias legendarias ni el prestigio de su familia. Mi tía continuó diciéndole—: Eres primeriza y la posición del feto es anormal. Todos los niños salen por la cabeza, sin embargo, tu niño tiene un brazo fuera. La cabeza está atascada en el útero.

Años después, mi tía le hizo muchas bromas a Chen Bi. Le decía que antes de nacer lo primero que hizo fue sacar un brazo, como si estuviese pidiéndole algo a este mundo. Chen Bi siempre contestaba:

—Estaba pidiendo comida.

Ese fue el primer parto de mi tía, pero supo mantener la calma y no vaciló en ningún momento. La valentía y la tranquilidad que tenía en su interior aseguraron el éxito de su primera intervención. Mi tía fue una gran ginecóloga porque tenía una cabeza llena de buenas ideas y unas manos muy hábiles. Todas las mujeres que presenciaron sus partos, o las que fueron atendidas por ella, la admiraban desde lo más profundo de su corazón. Mi madre me dijo muchas veces:

—Las manos de tu tía son diferentes a las demás. Las manos de la gente normal a veces se ponen frías, otras veces calientes, otras veces están congeladas y otras, empapadas en sudor. Pero las manos de tu tía siempre están muy suaves y agradablemente frías. Es

una combinación de suavidad y frescor pero sin estar blandurrias, es pues... ¿Cómo se dice?

Mi hermano, que había recibido una buena educación, contestó:

—¿Una ternura resistente, como un puño de hierro que se ha escondido en un guante de terciopelo?

—Eso es. El frío que desprenden sus manos tampoco es un frío helador —afirmó mi madre—. Es...

Mi hermano añadió otra descripción para ayudar a nuestra madre:

—Es un frío envuelto en un calor suave, como la seda, o mejor aún, como el jade.

—Eso es, eso es. Cuando sus mágicas manos acarician a los enfermos, sus males se curan en un setenta por ciento de los casos. Se ha convertido en una leyenda —contestó mi madre.

Elena fue una persona con mucha suerte, aunque en primer lugar fue una mujer muy inteligente. Cuando la mano de mi tía acarició su barriga por primera vez sintió como si una fuerza invadiera su cuerpo. A partir de entonces no dejó de hablar una y otra vez de la grandeza de las técnicas de mi tía. En cambio, la señora que estaba junto al orinal, llorando y chillando, era un verdadero payaso. A Elena le conmovió la profesionalidad de mi tía y su serenidad a la hora de enfrentarse a situaciones difíciles. Enseguida vio la luz. De su corazón emanó una gran valentía y sintió como si el horroroso dolor hubiese desaparecido. Cesó de llorar y escuchó con atención cada orden que le daba mi tía. Reaccionó de forma obediente hasta que, por fin, dio a luz a un niño con una nariz muy grande.

Cuando nació Chen Bi no podía respirar, por lo que mi tía le cogió de los pies y lo puso boca abajo. Le tocó ligeramente la espalda y el pecho hasta que por fin se puso a llorar como un minino.

—¿Por qué tiene este pequeñín una nariz tan grande? ¡Parece extranjero! —dijo.

Mi tía irradiaba alegría, como un artesano tras terminar su primera obra de arte. En la cara de Elena se apreciaba un gran cansancio pero también una gran sonrisa. Tía era una persona que se adhería

profundamente a las teorías de las clases, pero cuando sacó al niño del cuerpo de su madre consiguió olvidarse de la lucha de clases y de las diferencias sociales. Lo que experimentó fue una pura alegría humanista.

Cuando Chen E se enteró de que el recién nacido era niño, se levantó y se quedó sin moverse. No sabía qué hacer así que empezó a dar vueltas por el poco espacio que había al lado del fogón. Dos hileras de lágrimas de felicidad brotaron de sus ojos tristes. La alegría de su corazón era imposible de describir. Había tantas cosas que quería contarle a todo el mundo pero que no se atrevía... Como por ejemplo, la continuación de los inciensos³ de su familia o la ampliación de su parentesco. Pero si estas palabras salían de su boca, le arrestarían.

—Este niño tiene la nariz muy grande, ¿por qué no le llamáis Chen Bi, *el Narizón*? —le dijo mi tía a Chen E.

En realidad mi tía hablaba en broma pero Chen E se lo tomó muy a pecho, como si hubiese recibido una orden de su emperador. Entonces le dio las gracias muy respetuosamente a mi tía.

—¡Muchas gracias por otorgarle ese nombre! ¡Muchas gracias por otorgarle ese nombre! Es un buen nombre. ¡Le llamaremos Chen Bi, *el Narizón*!

Cuando mi tía estaba recogiendo sus cosas entre los agradecimientos de Chen E y los sollozos de felicidad de Elena, vio que Tian Guihua seguía allí sentada, pegada a la pared, con la cabeza apuntando al orinal roto, como si estuviese durmiendo. Nadie sabía cuánto tiempo llevaba en esa postura ni cuándo había cesado sus horribles gritos. Mi tía pensó que estaba muerta, pero cuando vio que sus ojos lanzaban una luz verde, como si fueran los de un gato, supo que

3. En China, la expresión «continuar los inciensos» significa que la familia ha tenido un descendiente varón, lo que es otra razón para ser acusado. En aquella época los terratenientes pertenecían a las cinco clases negras de la sociedad y, si decían algo con características feudales, les criticaban, les acusaban y les podían arrestar [*N. del T.*].

seguía viva. A mi tía se le encendieron de nuevo llamas de ira en lo más profundo de su corazón.

—¿Por qué sigues aquí? —le preguntó.

—Yo he hecho la mitad de este trabajo y tú la otra mitad. En teoría, tendría que cobrar una toalla y cinco huevos, pero me has abierto la cabeza. Como respeto a tu madre, no te voy a ir a denunciar a la comisaría, pero me tienes que dar una toalla para que pueda cubrirme la cabeza y cinco huevos para que me recupere pronto —contestó la *abuelita*.

En ese momento mi tía se acordó de que estas *abuelitas* les pedían a los padres que acababan de tener un hijo una remuneración. Las odiaba profundamente.

—¡Qué vergüenza!, ¡qué vergüenza me das! —dijo Tía chirriando los dientes—. ¿Cómo te atreves a decir que has hecho la mitad del trabajo? Si te dejo terminar, ¡ahora tendrías dos cadáveres sobre este *kang*! Tú, diabólica *abuelita*, ¿piensas que la vagina de las mujeres es igual que el culo de las gallinas?, ¿que si empujas con fuerza sale el huevo? Tienes que atender a una primeriza, ¡no matarla! ¿Me quieres denunciar? —Tía levantó la pierna para darle a la *abuelita* un puntapié en la barbilla—. ¿Todavía quieres la toalla y los huevos? —Le pegó otro puntapié en el culo, luego cogió la caja de medicinas con una mano, agarró a la *abuelita* del moño con la otra y la arrastró al patio. Chen E las siguió, también salió al patio e intentó detener a mi tía, que le gritó furiosamente—: ¡Vuelve a tu habitación a cuidar de tu esposa!

Fue la primera vez que mi tía se peleó con otra persona. Me dijo que no sabía que también sería capaz de pegar a una *abuelita*. Apuntó al culo de la anciana y le pegó otro puntapié. La *abuelita*, que yacía en el suelo, se dio la vuelta, se sentó apoyándose con las manos y gritó a todo volumen:

—¡Socorro! Me están matando... La hija de Wan Liufu me va a matar...

Al atardecer, el sol pintó las nubes de color rosa, soplaba un viento fresco y casi la mitad de los habitantes del pueblo estaba cenando de pie al lado de la calle, con un cuenco grande entre las manos. Cuando

oyeron el ruido fueron corriendo al patio. El Secretario General del pueblo, Yuan Lian, y el director de la brigada, Lu Ya, también se acercaron. Tian Guihua era la cuñada de un pariente lejano de Lu Ya, quien no tenía aprecio alguno a sus parientes.

—Wan Xin, eres una joven peleando con una anciana, ¿no te da vergüenza? —dijo Lu Ya.

Tía nos contó lo cabrón que era Lu Ya. Era un hijo de puta que mataba a su mujer a golpes. ¿Cómo se atrevía a criticarla?

Mi tía le contestó:

—¿La llamas anciana? ¡Es una fiera, un diablo! ¡Pregúntale qué ha hecho! ¿Cuántas personas han muerto en tus manos? —le preguntó a la *abuelita*—. Si tuviese una pistola, lacaya, ¡te dispararía sin pensarlo! —La apuntó con el dedo índice a la cabeza. En aquel entonces, mi tía era una chica de diecisiete años, por lo que el hecho de que la llamase lacaya hizo mucha gracia a los demás.

Lu Ya quería discutir más para proteger a Tian Guihua. Entonces el Secretario General, Yuan Lian, dijo:

—La doctora Wan tiene razón. Hay que castigar con mano dura a estas brujas que desprecian la vida del ser humano. Tian Guihua, deja de hacer el tonto y de quejarte, un par de golpes no te van a matar. ¡Te vamos a tener que mandar a prisión! A partir de ahora, ¡todas las mujeres embarazadas tienen que acudir a la doctora Wan! Tian Guihua, si te atreves a traer a otro niño a este mundo, ¡te cortaré tus patas sucias!

Mi tía me dijo que aunque Yuan Lian no había tenido una gran educación era muy objetivo ante el desarrollo de los acontecimientos y sabía hacer justicia. Por eso fue un buen funcionario.



Estimado señor, yo fui el segundo niño que nació en manos de mi tía.

Cuando mi madre se puso de parto, mi abuela se preparó según

las tradiciones antiguas: se lavó las manos, encendió tres inciensos y los colocó delante de los tableros conmemorativos de los antepasados de la familia, se arrodilló e hizo tres reverencias. Luego, echó a todos los hombres fuera de la habitación. No fue la primera vez que mi madre daba a luz a un niño. Tengo dos hermanos y una hermana. Sin embargo, mi madre le dijo a mi abuela:

—Madre, me siento muy mal, esta vez no es como las otras.

Mi abuela la ignoró y le dijo:

—¿Cómo va a ser diferente? ¿Vas a parir un dragón?

El presentimiento de mi madre era correcto. Mis hermanos salieron de cabeza, en cambio, en mi caso, primero salió una pierna. Cuando mi abuela la vio se asustó, porque en nuestro pueblo había un dicho: «Si primero sale la pierna vendrá un fantasma a cobrarse lo que es suyo». ¿Por qué un fantasma? ¿Qué era lo que se cobraría? Lo que ese dicho significaba era que si una familia, en la última transmigración de su alma, tenía deudas, el deudor se convertiría en un fantasma y se reencarnaría en ese niño para causar sufrimientos a la mujer. Por suerte, podía morir solo el niño, aunque la mujer también podía morir junto con él. Si el niño no moría en el parto, tal vez creciese y en el futuro, llegado a una cierta edad, moriría para causar daños sentimentales y materiales a la familia. Mi abuela fingió estar tranquila y dijo:

—«Si sale la pierna, es que es un perneador; correrá y ascenderá en su trabajo». No tengas miedo, tengo la solución. —Salió al patio y cogió un bacín de bronce. Lo posó al lado de la cama y le dio golpes con el rodillo, lo que produjo un fuerte ruido: *¡dang, dang, dang!...* Mientras lo golpeaba, gritó—: Sal, sal, niñito pajarito, sal de tu nidito. Tengo comida preparada, ya ha llegado la hora...

Mi madre percibió la gravedad de la situación, así que dio golpes en la ventana con el plumero que tenía junto a la cama para llamar la atención de mi hermana, que estaba esperando en el patio:

—Man, ¡llama a la tía!

Mi hermana, que era muy inteligente, corrió a la oficina del comité del pueblo. Yuan Lian la ayudó a desenrollar el cable del teléfono para conectar con el hospital del distrito. Aquel viejo teléfono lo

guardo ahora entre mis objetos preferidos, porque me salvó la vida.

Nací el 6 de junio del calendario lunar, día en el que el río Jiao se desbordó. El puente estaba completamente inundado, pero entre ola y ola se podía intuir por dónde pasaba el camino. El vagabundo Du Bozi fue testigo de la escena: mi tía cruzó el río a toda prisa en bicicleta entre olas de un metro de altura. La corriente era tan fuerte que si mi tía se hubiese caído al río, señor, ahora no estaría viva.

Mi tía entró en nuestra casa totalmente mojada.

Mi madre me dijo que cuando la vio se tranquilizó de golpe. Cuando entró, echó a mi abuela a un lado de la cama y dijo con ironía:

—Mi querida tía, con tanto ruido, ¿cómo se va a atrever a salir?

Mi abuela se defendió:

—A los niños les encanta el bullicio. ¿Cómo no va a salir con todos estos golpazos?

Cuando hoy en día mi tía cuenta la historia de aquella noche dice que me tuvo que sacar como si fuera un nabo que arrancase de la tierra. Sé que es una broma.

Después de que Chen Bi y yo naciéramos, la madre de Chen Bi y mi madre se convirtieron en las representantes de mi tía. Le contaban a todo el mundo sus excelentes técnicas. La esposa de Yuan Lian y Du Bozi también difundieron las sobresalientes técnicas de mi tía, que siempre montaba en bicicleta. De esta manera, se ganó una gran fama en nuestro pueblo, en contra de las *abuelitas*, que pasaron a la historia.

Desde 1953 hasta 1957 se vivieron unos años estupendos para el país, que tuvo un gran desarrollo, y la economía nacional prosperó. Para mi pueblo natal, estos años fueron muy fructíferos y tuvimos cosechas buenas de manera continuada. La comida abundaba, todos nos sentíamos satisfechos y contentos, y dado que las mujeres se pusieron de acuerdo para dar a luz sucesivamente, mi tía no tenía ni un segundo para descansar. En casi todos los callejones de los dieciocho pueblos del condado de Gaomi quedó la marca de las huellas de la bicicleta de mi tía, que pisó prácticamente todos los patios de las familias locales.

Desde el 4 de abril de 1953 hasta el 31 de diciembre de 1957, mi tía asistió 1.612 veces a las pacientes, trajo a 1.645 niños al mundo, de los cuales murieron seis. Cinco de los seis murieron durante el embarazo y el otro de una enfermedad congénita. Por lo tanto, el historial de mi tía era glorioso y casi perfecto.

El 17 de febrero de 1955 se incorporó al Partido Comunista de China. Aquel día ayudó a traer a este mundo a su milésimo niño, Li Shou, hijo de la profesora Yu y quien más tarde se convertiría en un compañero de mi clase. Mi tía me dijo que la profesora Yu era la madre más despreocupada que había conocido en su vida. Cuando mi tía estaba asistiendo su parto, la profesora Yu estaba leyendo un libro para preparar la clase del día siguiente.

Desde que mi tía ha entrado en una edad avanzada no deja de recordar las anécdotas de aquellos días. Fue la época de oro de China, también la época de oro de mi tía. Muchas veces, cuando me cuenta sus sentimientos sobre aquella época, su imaginación y pasión se desbordan, y sus ojos brillan de la emoción. Un día me dijo:

—En aquel entonces yo era una *bodhisattva* en vida, una diosa de la natalidad. Era una figura aromática, las mariposas me rodeaban y las abejas se me acercaban. Pero ahora soy una mujer asquerosa y las putas moscas me persiguen...

Mi nombre me lo dio mi tía: el nombre oficial es Wan Zu y el mote familiar es Xiao Pao. Perdóneme, señor, pero tengo que hacer unas aclaraciones: Wan Zu es mi nombre oficial y Renacuajo es mi nombre artístico.



Cuando mi tía alcanzó una edad casadera ya era doctora, tenía ingresos fijos y podía consumir los cereales del almacén nacional⁴.

4. En aquella época, solo los funcionarios nacionales, científicos o médicos, soldados y una pequeña parte de la población podían consumir los cereales del almacén nacional porque era comida de calidad y un símbolo de su nivel social [*N. del T.*].

Además, era hija de un héroe contra los japoneses. Así que ningún hombre se sentía seguro de sí mismo.

En aquel entonces yo tenía cinco años pero recuerdo oír a mi abuela y a su cuñada discutir con frecuencia sobre este asunto. A la cuñada de mi abuela la llamábamos Abuela Mayor, así que mi abuela era Abuela Menor. Cuando hablaban de este asunto Abuela Mayor siempre decía con preocupación:

—Hermanita, sabes que Xin ya tiene veintidós años. Las chicas de su misma edad ya tienen dos hijos. ¿Por qué no ha venido nadie a hacernos una propuesta matrimonial?

—Querida cuñada, ¿por qué tienes tanta prisa? Una chica como Xin ¡tiene que ser la esposa de un príncipe! Tú serás la suegra de un futuro rey y nosotros seremos parientes de la familia real. ¡No nos olvidéis cuando lo consigáis! —dijo mi abuela menor.

—¡Qué tontería! El rey fue *derrotado* y ahora vivimos bajo la República Popular China y el poder es del Presidente —dijo mi abuela mayor.

—Pues podemos casarla con el Presidente —dijo mi abuela menor con convencimiento.

Abuela Mayor se enfadó:

—Tú habrás entrado en esta nueva época, pero tu mente se ha quedado en el pasado.

—Somos diferentes, nunca en toda mi vida he salido de este pueblito. Tú en cambio has vivido en Pingdu y en la zona liberada —contestó mi abuela menor.

—No me hables de Pingdu. Solo con mencionar ese tema ¡se me ponen los pelos de punta! Me secuestraron los malditos japoneses, me hicieron sufrir. No fui a pasármelo bien —exclamó Abuela Mayor molesta.

Estas dos ancianas hermanitas no podían evitar discutir. A veces, mi abuela mayor se iba de casa enfadada y juraba que no volvería jamás a visitar a mi abuela menor. Sin embargo, al día siguiente, venía otra vez. Cuando mi madre las veía discutir sobre el asunto del matrimonio de mi tía se reía a escondidas.

Un día al caer la noche, la vaca que cuidábamos se puso de parto.

No se sabía si la vaca quería imitar a mi madre o si el ternero me quería copiar a mí, porque también sacó primero una pata y la cabeza se le quedó atascada. La vaca mugía del dolor. Mi abuelo y mi padre estaban muy preocupados. Se llevaban las manos a la cabeza y daban vueltas de un lado a otro ruidosamente, pero no sabían qué hacer. Una vaca es el mayor tesoro de los campesinos. Además, esta vaca en concreto, no era nuestra. La Brigada de Producción de la comuna nos la asignó para que la cuidáramos, por lo que si se moría sería un asunto gravísimo. Mi madre bajó la voz y le dijo a mi hermana entre susurros:

—Man, he oído que tu tía ha regresado al pueblo.

Mi hermana no esperó a que terminara la frase y salió corriendo. Mi padre miró a mi madre con desdén y criticó su ignorancia:

—¡Pero si ella trabaja con seres humanos!

—Pero la teoría es la misma —contestó.

Mi tía entró detrás de mi hermana.

Esta vez Tía vino de muy mal humor y dijo:

—Huy, qué paliza. ¿Me queréis matar? Ya es bastante agotador atender a seres humanos. ¡Ahora queréis encima que traiga al mundo a un ternero!

Mi madre sonrió y le explicó:

—Mi querida hermanita, eres la joya de esta familia. No contamos con otra. Eres una *bodhisattva*, puedes salvar a todo lo que tenga alma, puedes salvarnos a todos. La vaca es un animal pero es también una vida. ¿Cómo vas a dejarla morir?

—Mi querida cuñada, si supieras más cosas serías una sabia muy elocuente —dijo mi tía.

—Ni aunque me supiese ocho montañas de caracteres chinos alcanzaría tu nivel —contestó mi madre.

Aunque mi tía seguía teniendo cara de enfado, era evidente que ya se le había pasado el mal humor del principio. Como estaba bastante oscuro, mi madre encendió todos los faroles de la casa y los puso al lado de mi tía. Cuando la vaca la vio, se le doblaron las dos patas delanteras porque no podían soportar más tanto peso y se cayó al suelo. Tía se puso a llorar. Nosotros tampoco pudimos contenernos y dos

hileras de lágrimas se deslizaron por nuestras caras.

Mi tía examinó la vaca y nos dijo con lástima e ironía:

—Estamos ante otro caso de una pata dispuesta a salir primero.

Tía nos mandó a los niños al patio para que no nos asustáramos. Solo oíamos las órdenes que les daba a nuestros padres, así que lo único que pudimos hacer fue imaginarnos la escena. Aquella noche fue el día 15 del calendario lunar; la luna se había alzado en el cielo por el Sureste y había teñido todo de blanco. Entonces mi tía gritó:

—¡Bien, ya está!

Entramos en el molino con gritos de alegría. Vimos que detrás de la vaca había un ternero embadurnado de un líquido pegajoso.

—Estupendo, una ternera —dijo mi padre.

—¡Qué extraño!, cuando una mujer da a luz a una niña los hombres ponen una cara larga, pero cuando es la vaca la que pare una ternera entonces sí que ponen buena cara —clamó mi tía.

Mi padre se defendió:

—Las terneras pueden parir otros terneros cuando crezcan.

—¿Y el ser humano? —contestó mi tía—. ¿Acaso una niña no puede dar a luz a otros niños cuando crezca?

—¡No es igual! —dijo mi padre.

—¿Por qué no es igual? —preguntó mi tía.

Mi padre se dio cuenta de que estaba un poco enfadada, así que no discutió más.

La vaca giró la cabeza para lamer el líquido pegajoso que cubría el cuerpo de la ternera. Era como si su lengua fuese mágica; allá donde lamía parecía que le diese fuerza. Todos la observaban emocionados. Yo me quedé mirando a mi tía. Tenía la boca medio abierta y sus ojos irradiaban un fuerte amor hacia esa criatura. Parecía como si la lengua de la vaca fuese suya, es decir, como si fuera ella la que estuviese limpiando al ternero. Cuando la vaca le terminó de limpiar casi todo el cuerpo, el animal se levantó temblando.

Los niños llenamos una cuba de agua, cogimos jabón y una toalla para que mi tía se pudiese lavar las manos. Mi abuela se sentó delante del fogón con el fuelle en la mano y mi madre se puso al lado del *kang* para hacer los tallarines.

Cuando mi tía acabó de lavarse las manos dijo:

—¡Me muero de hambre! Esta noche ceno en vuestra casa.

—Esta también es tu casa —contestó mi madre.

—Sí, hace pocos años todavía compartíamos la comida —añadió mi abuela.

En este momento oímos a Abuela Mayor, que estaba fuera junto al muro de nuestro patio, llamando a mi tía para que volviera a casa a cenar.

—No pensarás que voy a trabajar gratis, *ja, ja*. Voy a quedarme a cenar aquí —le dijo mi tía en broma.

—Tu tía, Abuela Menor, es un poco tacaña. Si comes un bol de tallarines en su casa te lo recordará el resto de tu vida —dijo mi abuela mayor.

Mi abuela menor corrió al muro del patio con el rodillo en la mano y gritó:

—Si tienes hambre tú también puedes venir a mi casa a comer. Si no, fuera de aquí.

—No tengo nada de hambre —contestó mi abuela mayor.

Cuando los tallarines estuvieron listos, mi madre puso una buena ración en un cuenco grande y mandó a mi hermana para que se lo llevara a mi abuela mayor. Muchos años después me enteré de que mi hermana corrió tan deprisa que el bol se le cayó al suelo y se le rompió. Mi abuela mayor le dio a mi hermana otro vacío para que Abuela Menor no la regañara.

Mi tía es una persona muy habladora y siempre nos ha gustado escucharla. Cuando terminábamos de comer se sentaba en el borde del *kang*, apoyaba la espalda contra la pared y empezaba con sus historias. Como había visitado a muchas familias, conocía a muchísimas personas y había oído muchas anécdotas interesantes. Siempre añadía una gran dosis de imaginación a sus relatos. Sus vívidas narraciones nos transportaban al país de las maravillas, como los cuentacuentos de la televisión. De vez en cuando, veíamos el programa de cuentacuentos de la señora Liu Lanfang y mi madre siempre decía:

—¿No es igual que vuestra tía? Si deja de dedicarse a la medicina y se convierte en una cuentacuentos, ¡se hará famosa por sus

interminables chácharas maravillosas!

La historia de aquella noche estaba relacionada con el general japonés Sugitani y las luchas de mi tía. En ese entonces yo apenas tenía siete años pero mi tía me miró a los ojos y dijo:

—Tenía la misma edad que Xiao Pao cuando nos llevaron, a vuestra bisabuela, a vuestra abuela mayor y a mí, a Pingdu. Nos encerraron en una celda oscura; dos perros crueles aguardaban en la puerta. Esas bestias comían carne humana y cuando percibían el olor a niño sacaban la lengua. Vuestra bisabuela y vuestra abuela mayor lloraban todos los días, pero yo no. Solo una vez me tumbé y conseguí dormir hasta el día siguiente. No sé cuántos días estuvimos allí encerradas. Más adelante nos metieron en un patio en el que había un árbol de clavo. Su penetrante fragancia me mareaba. Un día, vino un caballero con un sombrero y una toga tradicional muy lujosa, nos dijo que era el general Sugitani y que nos quería invitar a un banquete. Vuestra bisabuela y vuestra abuela mayor solo lloraban y no se atrevían a ir a ninguna parte. Aquel hombre me dijo: “Chiquita, convence a tu mamá y a tu abuela para que se calmen. El general Sugitani no tiene malas intenciones, solo quiere hacerse amigo del señor Wan Liufu”.

»“Abuela, mamá, no lloréis”, les dije. “¿Para qué sirven las lágrimas? Si lloramos, ¿acaso nos saldrán alas? Si lloramos, ¿acaso podremos romper el muro que nos rodea?”.

»Aquél hombre me aplaudió y me elogió: “¡Es verdad! ¡Qué chiquita más maravillosa! Cuando crezcas serás una persona brillante”.

»Mis palabras surtieron efecto y vuestras abuelas dejaron de llorar. Aquel hombre nos llevó hasta un carro tirado por un mulo negro. No sé cuántos kilómetros recorrimos hasta que al fin vimos un muro con unas puertas muy altas. Había dos soldados a cada lado de la puerta principal. A la izquierda, un soldado de marioneta⁵ y a la derecha, un soldado japonés muy erguido. El patio de aquel sitio era muy

5. Los soldados de marioneta son un tipo de soldados chinos reclutados por el Gobierno japonés como marionetas [*N. del T.*].

grande. Entramos por la puerta principal, lo atravesamos y enseguida llegamos a otro patio. Parecía que ese lugar contase con una infinidad de patios. Al final, nos llevaron a una habitación muy grande cuyas ventanas y puertas tenían adornos esculpidos. Los sillones eran de madera de *Pterocarpus*. El general Sugitani llevaba puesto el típico traje tradicional japonés y tenía un abanico plegable en la mano, que agitaba con suavidad. A primera vista se podía decir que era una persona bien educada. Después de darnos la bienvenida en chino nos ordenó que nos sentáramos a la mesa. Era redonda, muy grande y llena de exquisiteces. Vuestra bisabuela y vuestra abuela mayor no se atrevían a moverse. No obstante, yo no estaba tan preocupada y comí todo lo que me apeteció. Ni siquiera usé los palillos; con las manos cogí la comida y me la metía en la boca. Sugitani no dijo nada, tan solo sonreía y me miraba. Una vez estuve llena, me limpié las manos en su precioso mantel.

»Me entró mucho sueño. Me acuerdo que Sugitani me preguntó: “Chiquita, ¿quieres que venga tu padre?”. Contesté que no. “¿Por qué no?”, me preguntó. “Porque mi padre es miembro del Ejército de la Octava Ruta, tú eres japonés y mi padre lucha contra los japoneses. ¿No temes acaso que venga a matarte?”, contesté.

En ese momento mi tía movió un poco la manga de su camisa para mirar la hora. En aquella época solo había diez relojes en todo el distrito de Gaomi, y ¡mi tía tenía uno!

—¡*Guau!* —gritó mi hermano mayor invadido por la sorpresa.

Él era la única persona de nuestra familia que había visto un reloj antes. Fue cuando estudiaba en el Instituto número 1 del distrito. Se lo vio a su profesor de ruso, que después de licenciarse en la URSS volvió al instituto para enseñar esta asignatura.

Mi hermano gritó enseguida:

—¡Un reloj!

Mi hermana y yo también gritamos:

—¡Un reloj!

Mi tía hizo un gesto de sorpresa, se colocó bien la manga y dijo:

—Es solo un reloj. ¿Por qué os alborotáis tanto?

El hecho de que le quitase importancia al reloj despertó nuestra

curiosidad. Mi hermano mayor le dijo con tacto:

—Tía, en mi vida solo he visto una vez y de lejos un reloj, el de mi profesor de ruso, el señor Ji... ¿Me dejarías echarle un vistazo?

Nosotros también imitamos a nuestro hermano mayor:

—Tía, déjanoslo ver, *por fa.*

Mi tía sonrió:

—Qué caprichosos son estos chiquillos. Es solo un reloj, ¿qué interés tiene?

Aunque dijo esto, se quitó el reloj y se lo pasó a mi hermano.

Mi madre nos recordó en voz alta:

—¡Tened cuidado!

Mi hermano cogió el reloj con mucha delicadeza y se lo acercó a la cara con las dos manos para mirarlo con atención. Luego giró la cabeza y se pegó el pequeño aparato en la oreja para oír su tictac. Cuando terminó con sus averiguaciones se lo pasó a mi hermana, que luego se lo pasó a mi segundo hermano mayor. Sin embargo, mi segundo hermano solo le pudo echar un vistazo breve, porque apenas tuvo la oportunidad de pegárselo a la oreja para oír el tictac cuando mi hermano mayor se lo quitó de las manos y se lo devolvió a mi tía. Me enfadé mucho y me puse a llorar.

Mi madre me regañó.

—Xiao Pao, cuando crezcas y salgas de este pueblo tendrás muchos relojes mejores que este —me dijo mi tía.

—¿Cómo un chiquillo como este va a tener reloj? Mañana le pintaré uno en la muñeca —dijo mi primer hermano mayor.

—No se puede juzgar a las personas por su apariencia, igual que no se puede medir el mar con un vaso. Aunque Xiao Pao no es muy guapo, ¡hará una gran contribución al mundo en el futuro! —dijo mi tía.

—Si él hace una gran contribución, ¡los cerditos del establo se convertirán en tigres! —respondió mi hermana.

—Tía, ¿de dónde es el reloj? ¿De qué marca es? —preguntó mi primer hermano.

—Marca Enicar, de Suiza —dijo mi tía.

—¡*Guau!* —gritaron mis hermanos impresionados.

Yo, en cambio, solo pronuncié unas palabras movido por la envidia y el rencor:

—¡Qué sapos que sois!

—Hermana, ¿cuánto cuesta esa cosita? —preguntó Madre.

—No lo sé, es un regalo —contestó mi tía.

—¿Qué tipo de amigo regala una cosa tan valiosa? —le insinuó mi madre a mi tía—. ¿Será vuestro futuro tío?

Mi tía se levantó y dijo:

—Son casi las doce, vamos a dormir.

—Gracias a dios, mi hermana ya ha encontrado a su media naranja —contestó mi madre.

—No lo digáis a los cuatro vientos, ¡acabamos de empezar! —Tía giró la cara hacia nosotros y nos remarcó—: Vosotros, no lo difundáis tampoco o si no os mato.

Al día siguiente por la mañana mi primer hermano mayor, quizá porque se sentía culpable por no haberme dejado ver el reloj de mi tía, me pintó uno en la muñeca con una pluma. Me pareció muy real y muy hermoso. Tenía mucho aprecio a ese «reloj», así que cuando me lavaba las manos trataba de tener cuidado para que el agua no lo borrara, y cuando salía a la calle en los días lluviosos escondía la muñeca para que no se desdibujara. Cuando decaía el color le pedía la pluma a mi hermano para pintarlo de nuevo. Así conseguí que ese «reloj» estuviera en mi muñeca durante tres meses.



La persona que le regaló el reloj a mi tía era un piloto del Ejército. ¡Un piloto de las Fuerzas Aéreas de aquella época! Cuando mis hermanos se enteraron de esta noticia se pusieron a croar como ranas. En cuanto a mí, me puse a dar volteretas.

No era solo una alegría para mi familia, también era una alegría para nuestro pueblo. Todos pensaban que mi tía —una doctora— y

un piloto hacían una pareja sin igual. El cocinero de mi escuela, el señor Wang, que había vivido la Guerra de Corea, nos dijo que a saber cuántos kilos de oro se necesitan para formar un piloto.

—¿El oro puede convertirse en un ser humano? —le pregunté con sorpresa.

El cocinero Wang me contestó delante de los funcionarios de la comuna y de muchos profesores que estaban comiendo justo en ese momento:

—Wan Xiao Pao, qué tonto eres. Lo que quiero decir es que para formar a un piloto, el país debe invertir mucho dinero, cuyo valor es equivalente a unos setenta kilos de oro.

Me lo aprendí de memoria y lo repetí nada más llegar a casa. Mi madre dijo:

—¡Dios mío! Cuando tu futuro tío venga a casa a visitarnos, ¿qué le vamos a ofrecer?

En aquellos días, las bocas de los niños solo hablaban de las leyendas que envolvían la figura de los pilotos. Chen Bi nos dijo que cuando su madre estuvo en Haerbin, había visto a los pilotos soviéticos. Todos llevaban chaqueta y botas altas de piel de muntiaco, tenían dientes y relojes de oro, comían salchichas grandes y bebían cerveza. El hijo del guardián del granero, Xiao Xiachun, nos contó que los pilotos chinos recibían una alimentación mejor que la de los pilotos soviéticos. Nos describió el menú de los pilotos chinos y parecía que fuese él el cocinero.

—Por la mañana, dos huevos, un vaso de leche, cuatro porras gigantes, dos panes chinos y un trozo de tofu; al mediodía, un bol de cerdo estofado, una corvina dorada y dos panes grandes amarillos; para la cena, pollo ahumado, dos empanadillas de cerdo, dos de cordero y un bol de sopa de mijo. Después de cada comida pueden escoger la fruta que quieran: plátanos, manzanas, peras, uvas... y se pueden llevar la que sobre a sus casas. Las chaquetas de los pilotos tienen dos bolsillos grandes, ¿por qué? Para guardar la fruta...

Tal descripción hizo que se nos hiciera la boca agua. Cada uno de nosotros soñaba con hacerse piloto en el futuro para gozar de una

vida legendaria.

Un día llegó la noticia al Instituto número 1 del distrito de que las Fuerzas Aéreas iban a reclutar a pilotos ahí. Mi primer hermano entregó con muchas esperanzas un formulario de solicitud. Mi abuelo trabajaba para un terrateniente. Era mediero. En la guerra civil llevaba las andas para el Ejército Popular de Liberación. Fue andero en la batalla de Menglianggu y fue él quien principalmente bajó el cadáver del general Zhang Lingfu desde la cima de la montaña al pueblo.

Mi abuela materna también fue una campesina pobre⁶ y mi abuelo mayor fue mártir, por lo que los antecedentes de nuestra familia y nuestras relaciones sociales eran extraordinariamente buenos.

Mi hermano mayor era una estrella del deporte en su escuela. Practicaba el lanzamiento de disco. Un mediodía, cuando volvió a casa, devoró un rabo de cordero entero. Tenía tanta energía que cuando estaba practicando con el disco lo lanzó con todas sus fuerzas. El disco voló por encima del campo de deportes. Justo en aquel momento un campesino estaba arando la tierra con un buey, y el disco chocó por casualidad contra el cuerno del animal y lo partió por la mitad.

Como conclusión hay que decir que mi hermano tenía una familia honrada, un buen físico y sacaba buenas notas. Además, dado que nuestro futuro tío era piloto, todos pensábamos que mi hermano era el candidato perfecto. Sin embargo, mi hermano no salió escogido debido a su único defecto: la cicatriz que tenía en la pierna. El cocinero de nuestra escuela nos lo explicó:

—Un piloto no puede tener ninguna cicatriz, porque cuando alcanza una altura muy elevada se le puede reventar y matarle. Hasta los dos orificios de la nariz deben ser simétricos.

6. En aquella época, había tres tipos de trabajadores: campesinos pobres, trabajadores independientes o campesinos de un nivel mediano y trabajadores con tierras o campesinos con riqueza [*N. del T.*].

Total, que desde que mi tía empezó a tener una relación amorosa con ese piloto, estábamos muy atentos a las noticias que llegaban sobre las Fuerzas Aéreas. Imagine cómo presumía de tener un futuro tío que era piloto cuando estaba en el colegio. Ahora tengo casi sesenta años y sigo siendo una persona a la que le gustan los cumplidos. Cuando gane cien yuanes a la lotería se lo diré a todo el mundo.

A cincuenta kilómetros al Sur de nuestro pueblo estaba el aeropuerto de Jiaozhou y a sesenta hacia el Oeste estaba el de Gaomi. Los aviones de Jiaozhou eran negros y grandes, parecían muy pesados. Según los mayores eran bombarderos. Los de Gaomi eran de color plata, con alas en forma de flecha, capaces de rizar el rizo y de trazar una larga línea blanca en el cielo. Mi hermano dijo que eran cazas 5 y que derivaban de los MiG-17. Eran verdaderos aviones de caza y habían sido un gran éxito en las batallas de la Guerra de Corea. Mi futuro tío debía ser piloto de este tipo de caza. En aquella época reinaba una atmósfera de preguerra, por lo que los aviones del aeropuerto de Gaomi despegaban todos los días. Eran como flechas, en un segundo podían llegar a nuestro pueblo, Dongbeixiang, en el condado de Gaomi, y maniobrar por encima de nuestras cabezas. Primero venían tres aviones, enseguida venían otros seis. A veces, uno perseguía al otro y daban vueltas. A veces, descendían con mucha rapidez, como si quisieran tocar el gran álamo que estaba a la entrada de nuestro pueblo. Luego volvían a ascender como águilas de color plata. Un día, se oyó una explosión en el cielo. Me dijo mi tía que en aquel momento estaba atendiendo a una primeriza que tenía convulsiones debido a los nervios. Cuando estaba a punto de operarla se oyó la explosión. La mujer se asustó tanto que se distrajo, desaparecieron las convulsiones y logró parir con éxito.

Todas las ventanas del pueblo se rompieron por la explosión. Nosotros estábamos en la escuela y nos impactó mucho. Al cabo de unos minutos salimos a la calle con nuestro profesor y levantamos la cabeza para ver qué había pasado. Vimos que en la bóveda celeste un avión llevaba una especie de nube en la cola y varios aviones trataban de perseguirlo. Primero, la nube se dividió en partes más pequeñas y, a continuación, una explosión nos taladró los tímpanos. Pero esta vez

no fue tan ensordecedora como la anterior. Aquel ruido ha sido uno de los sonidos más fuertes que he oído en toda mi vida. Ni el estruendo de la tormenta que destruyó el sauce centenario de nuestro pueblo se podía comparar con ese. Consideramos que la especie de nube que llevaba en la cola era el blanco y que los aviones que le seguían no fueron capaces de destruirlo. Entonces el primer avión desapareció de la vista. Chen Bi, al que llamábamos «el chiquillo eslavo», se tocó la narizota y dijo burlonamente:

—¡Qué técnica más mala tienen los pilotos chinos! Si fuesen pilotos soviéticos hubieran dado en el blanco a la primera.

Sabía que Chen Bi lo decía porque me tenía envidia. Si nació en este pueblo, creció donde nació y nunca tuvo la posibilidad de ver ni siquiera un perro de la URSS, ¿cómo podía saber que las técnicas de los pilotos soviéticos eran mejores que las de los pilotos chinos?

En aquel entonces, los niños que vivían en pueblos pobres como el nuestro no podían saber que las relaciones entre China y Rusia habían empeorado. El comentario de desprecio que hizo Chen Bi sobre los pilotos chinos no nos gustó, pero no pensamos que fuera a ir más allá. Años después, empezó la Revolución Cultural, y cuando estábamos en quinto curso de primaria, nuestro compañero de clase Xiao Xiaochun denunció a Chen Bi. Esto no solo le afectó a él sino que también supuso que los Guardias Rojos dieran una paliza a sus padres y acabaran casi con sus vidas. Además descubrieron en su casa una novela publicada en la URSS titulada *Un verdadero hombre*, que trataba de un héroe de las Fuerzas Aéreas que perdió los dos pies pero que, tras muchas dificultades, volvió a surcar los cielos. Este libro era una verdadera novela revolucionaria, sin embargo, la consideraron una prueba de las relaciones ilegales que tenía su madre con los pilotos rusos. Chen Bi era, por supuesto, producto de esa relación clandestina.

Los cazas del aeropuerto de Gaomi maniobraban todos los días y los aviones del aeropuerto de Jiaozhou salían todas las noches. Casi todos los días a las nueve en punto —cuando la radio por cable del distrito cerraba—, se encendían de repente los reflectores del aeropuerto. Cuando los gruesos rayos de luz penetraban en nuestro pueblo, se diseminaban en la oscuridad de la noche, pero para nosotros

era increíble. Yo decía tonterías inadecuadas muchas veces:

—Si tuviese una linterna tan potente como esa, sería una persona muy buena.

—¡Qué tonto eres! —me reprendió mi segundo hermano cuando oyó esa estupidez a la vez que me daba un manotazo en la cabeza.

Fue gracias a mi futuro tío, obviamente, que mi hermano se había convertido en un experto en cuestiones aeronáuticas. Era capaz de decir de memoria todos los nombres de los héroes de las Fuerzas Aéreas del Ejército Voluntario del Pueblo Chino y contar sin equivocarse todas las historias de esos héroes. Fue él quien me explicó, después de que le quitara los piojos, lo que era una explosión sónica.

—La explosión sónica es el choque de onda provocado por un avión que está volando a una velocidad supersónica.

—¿Qué es la velocidad supersónica?

—¡Significa más rápido que la velocidad del sonido! ¡No sabes nada, idiota!

En las maniobras del aeropuerto de Jiaozhou, solo se podían contemplar los rayos de luz de los reflectores. Algunos decían que no servían para maniobrar, que eran meros faros para iluminar a los aviones. Los rayos se movían de un lado a otro. A veces, se fundían en uno; otras, se formaban líneas paralelas; otras, iluminaban a un pájaro, que mareado descendía con nerviosismo, como una mosca que se ha caído en una botella vacía. Siempre que se encendían los reflectores se oía el aterrizaje de los aviones. En cuestión de minutos, éramos testigos de unas sombras gigantes, y la luz dibujaba sencillas siluetas: una cabeza, una cola y dos alas. Parecían aprovechar los rayos para aterrizar y volver a su nido. El avión es como un ave, igualito a un pájaro que vuelve a su nido.

七

En los últimos meses del año 1960, un poco después del asunto de comer carbón, me enteré de que mi tía se iba a casar con el piloto. Mi abuela vino a casa para hablar con mi madre de los preparativos de

la boda. Finalmente, decidieron talar el árbol centenario de nuestro patio para hacer unos bonitos muebles. Un día vi a mi padre acompañar al señor Fan, el mejor carpintero de nuestro pueblo, hasta el árbol para medirlo. Parecía que el árbol conociese su destino: agitaba las ramas, las hojas producían mucho ruido... *Bua, bua*, parecía que estaba llorando.

Pasó el tiempo y no tuvimos más noticias sobre la boda. Además mi tía desapareció. Un día fui a casa de mi abuela para preguntar por el enlace, pero en vez de responder cogió un palo y me echó bruscamente. De repente, me di cuenta de que mi abuela se había convertido en una anciana parecida a las legendarias *abuelitas*.

Una mañana, cuando recibimos la primera nevada de ese año, el sol estaba muy colorido. Ese día fui a la escuela con los zapatos de paja y el frío me recorrió todo el cuerpo, desde las manos hasta los pies. Estábamos corriendo en el campo de deporte para entrar un poco en calor cuando, de pronto, oímos un ruido terrible en el cielo. Todos levantamos la cabeza y nos quedamos boquiabiertos al ver un objeto gigante, de color rojo oscuro, que expulsaba un humo negro. Tenía unos ojos grandes y ardientes, dos filas de dientes blancos horrorosos y vibraba; se precipitaba hacia nosotros. Era un avión. Madre mía, ¡un avión! ¿Acaso iba a aterrizar en el campo de nuestra escuela?

Nunca había visto un avión tan de cerca. Sus alas generaron una corriente de aire que levantó las hojas secas del suelo y puso de punta las plumas de las gallinas; pensé que sería fabuloso si aterrizase en el campo de nuestro colegio, ya que así lo podríamos examinar de cerca y tocarlo con nuestras propias manos. Si teníamos suerte también podríamos entrar en su interior y encontrar algo interesante; o podríamos pedirle al piloto que nos contara alguna batalla. Probablemente ese piloto trabajaba con mi futuro tío. Bueno, no, el J-5 de mi futuro tío era mucho mejor que esa cosa negra, por lo que era imposible que mi tío fuera compañero del piloto de ese monstruo tonto y pesado. Pero, de todas maneras, la persona que tenía la suerte de pilotar ese avión también era muy privilegiada, ¿no? Todos los que eran capaces de manejar esas cosas de hierro y hacerlas volar en el cielo eran unos héroes. No pude ver el rostro del

piloto, pero muchos de mis compañeros me dijeron que sí que lo vieron a través del cristal de la cabina. El avión, que en un primer momento parecía que iba a aterrizar en el campo de nuestro colegio, ascendió inesperadamente y de repente giró a la derecha, rozó la copa del álamo situado en el extremo Este del pueblo y se precipitó al trigal. Enseguida oímos un ruido muy fuerte. Esta vez fue mayor y más vibrante que la explosión sónica. Sentimos temblar el suelo, un extraño sonido pitó en nuestros oídos y vimos muchas chispas. A continuación, un humo negro muy denso se elevó en el cielo, que estaba lleno de llamas de un rojo oscuro. El sol se ocultó detrás de ese humo y cobró una tonalidad morada. Segundos más tarde, percibimos un olor extraño y sofocante.

No sé cuánto tiempo tardé en recuperar la calma. Después corrimos hacia la entrada del pueblo, pero cuando llegamos al camino principal el humo nos impidió el paso. El avión se había partido en varios trozos; un ala estaba clavada en la tierra y parecía una antorcha gigante. Las llamas se estaban extendiendo con mucha rapidez por el trigal, y olía a piel chamuscada. En este momento se oyó otro ruido sonoro.

—¡Todos al suelo! —gritó el cocinero Wang, que tenía mucha experiencia en este tipo de cosas. Se tiró al suelo, empezó a reptar hacia el lugar por el que habíamos venido y todos le imitamos—. Rápido, ¡debajo de las alas del avión hay bombas!

Al día siguiente, nos enteramos de que en un principio el avión tenía que llevar cuatro bombas, pero aquel día solo llevaba dos. Si hubiesen sido cuatro, sin duda alguna, hubiésemos muerto.

Tres días después del accidente todos los hombres del pueblo, mi padre entre ellos, fueron a recoger los restos del avión y el cadáver del piloto. Segundos después de que mi padre llegase a casa, entró mi hermano a toda velocidad con la respiración entrecortada. Este famoso atleta corrió sin parar, desde el Instituto número 1 del distrito, veinticinco kilómetros, que es más o menos la distancia de una media maratón. Cuando entró, solo escupió dos palabras entre dientes:

—La tía...

Mi hermano se mareó, se cayó al suelo y echó espumarajos por la boca; tenía los ojos en blanco.

Todos le rodeamos para ayudarlo. Uno le apretó el surco nasolabial; otro, el punto Hegu entre el dedo pulgar y el índice; otro le buscó el pulso.

—¿Qué pasa con tu tía?

—¿Qué ha pasado?

Mi hermano mayor por fin se despertó, hizo un mohín y se puso a llorar. Mi madre cogió una calabaza y la llenó con agua refrescante del cubo del patio. Le dio un poquito para beber y le echó el resto en la cara.

—Dime, ¿qué le ha pasado a la tía?

—El piloto... el novio piloto de la tía ha huido en su avión...

A mi madre se le cayó la calabaza de la mano y se rompió en varios pedazos.

—¿Huido? ¿Dónde? —preguntó mi padre.

—¿Dónde puede haberse ido? —Mi hermano se secó las lágrimas con la manga y dijo con odio—: ¡A Taiwán! Ese traidor, ese imbécil, ¡ha volado hasta Taiwán para seguir a Chiang Kai-shek!

—¿Y tu tía? —preguntó mi madre.

—Se la han llevado a la comisaría del distrito —contestó mi hermano muy preocupado.

En este momento, los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas. Nos recalcó que no debíamos permitir que Abuela Mayor se enterase.

—Aunque nosotros no digamos nada todo el distrito se ha enterado ya —dijo mi hermano.

Mi madre sacó una calabaza grande y se la dio a mi hermana:

—Ve a echarle un vistazo a tu abuela mayor.

Al poco rato mi hermana corrió a toda prisa a casa de nuestra abuela menor.

—Abuela —gritó nada más entrar en el patio—, mi madre le llama con urgencia, la otra abuela, tu cuñada, se ha quedado en coma.



Cuarenta años después, las Fuerzas Aéreas reclutaron al hijo pequeño de mi hermano. Sin embargo, este mundo ha cambiado

mucho y un gran número de cosas que entonces tenían un gran prestigio ahora han perdido su valor; muchas profesiones que tenían muy buena reputación ahora se han convertido en las más mediocres. Sin embargo, el reclutamiento de pilotos sigue causando una gran alegría en todas las familias y da mucha envidia a los vecinos. Dado que mi hermano, el exdirector del Buró de Educación, acababa de jubilarse, vino al pueblo para celebrar el nuevo puesto de su hijo y dar un banquete en su honor para compartir tal felicidad con familiares y amigos.

El sitio elegido para el banquete fue el patio de la casa de mi segundo hermano. Sacaron un largo cable eléctrico y encendieron una bombilla enorme que desprendía una luz blanca, tan brillante como el sol. Juntaron dos mesas y a su alrededor colocaron más de veinte sillas. Todos los invitados nos sentamos hombro con hombro. Encargaron la comida a un restaurante, y todas las mesas se cubrieron de platos deliciosos: carne, pescado..., había de todo.

—No es nada especial —nos dijo mi cuñada con un fuerte acento de Yantai—, probadlo y veréis.

—No hables así —la reprendió mi padre—. En los 60, ni siquiera el Presidente Mao podía gozar de estos manjares.

—Abuelo, ¿de qué siglo estás hablando? —le contestó mi sobrino, el recién reclutado.

Después de un ratito comiendo, mi padre rompió el silencio:

—Por fin tenemos a un piloto en la familia. Aquel año, tu padre echó la solicitud para piloto, pero debido a la cicatriz de su pierna no lo consiguió. Ahora Xiangqun ha logrado cumplir el sueño de la familia.

Xiangqun hizo un gesto de desprecio.

—Un piloto no es nada especial —dijo—. ¡Los importantes son los altos funcionarios o los millonarios!

—No digas eso. —Padre levantó su chupito de licor, se lo terminó de un trago, lo dejó en la mesa con bastante fuerza y dijo—: Los pilotos son una joya. En aquellos tiempos, el novio de la tía de tu padre, un tal Wang Xiaoti, parecía un modelo cuando se ponía de pie, parecía un caballero cuando se sentaba, parecía un general del Ejército

cuando andaba... Si este joven no hubiese cometido el error de volar a Taiwán, ahora sería el comandante de las Fuerzas Aéreas.

—¿Cómo dices? —le preguntó Xiangqun sorprendido—. ¿Pero su esposo no es el que hace muñecos de barro? ¿De dónde ha salido un piloto?

—Es una larga historia que no merece la pena mencionar —explicó mi hermano.

—¡Qué va! Voy a preguntarle a la abuela. ¿Wang Xiaoti pilotó el avión a Taiwán? ¡Qué apasionante! —exclamó Xiangqun.

—No es apasionante. Una persona tiene que ser patriótica, sobre todo los soldados y los pilotos. Una persona como Wang Xiaoti sería capaz de cometer cualquier tipo de delito, como robar o matar... Lo que quiero decirte es que no seas un traidor, si no, la mala reputación se quedará grabada en la historia y no tendrás futuro —le aconsejó mi hermano muy serio.

—Qué exagerado eres —le contestó Xiangqun despreocupado—. Taiwán también es nuestra patria. Volar hasta allí para echar un vistazo tampoco es tan horrible.

—De ninguna manera —dijo mi cuñada—. Si piensas así no puedes ser piloto. Después de comer, voy a llamar al señor Liu del Departamento de las Fuerzas Armadas del Pueblo.

—No te preocupes, querida madre —la tranquilizó mi sobrino—. ¿Por qué iba a hacer una tontería como esa? ¿Cómo voy a hacer algo sin pensar en vosotros? Ahora, los dos partidos, el Comunista y el del Kuomintang, conviven en armonía. Si vuelo hasta allí, no sería como entonces.

—Así es —dijo mi hermano—, aquel Wang Xiaoti fue un cabrón. ¡Fue una persona malvada e irresponsable que le arruinó la vida a la tía!

—¿Quién habla de mí? —La llegada de mi tía generó una clara incertidumbre en el ambiente. Entró directamente. La luz era tan fuerte que tuvo que cerrar los ojos; giró la cabeza y se puso las gafas de sol. Le quedaban muy bien, pero la escena fue un poco cómica—. ¿Es necesario utilizar una luz tan potente? Como decía vuestra abuela mayor, si estuviésemos a oscuras, no nos moriríamos de hambre. La

electricidad se genera con carbón, y el carbón lo extraen los hombres. Es muy difícil hacerlo, hay que bajar cientos de metros y trabajar en un infierno real. A los codiciosos dueños de la minería ilegal nunca les han importado las vidas de sus trabajadores. ¡Cada trozo de carbón está manchado de sangre!

Mi tía tenía la mano derecha apoyada en la cintura, los dedos índice y corazón apuntaban hacia delante y los otros tres estaban encogidos. Llevaba puesto un traje de poliéster, un material que era muy popular entre los funcionarios militares de los 70. Mi tía estaba bastante gorda y tenía el pelo blanco. Ahí de pie, con la camisa reman-gada, parecía un funcionario del distrito de la época de la Revolución Cultural. Siempre que veía a mi tía así de desmejorada y pensaba en lo hermosa que fue de joven, como una flor de loto en primavera, me invadía una mezcla de sentimientos.

Cuando organizamos la fiesta, mi hermano y mi cuñada no dudaron en invitarla, pero le preguntaron a nuestro padre, quien, después de pensar un buen rato, dijo:

—No creo que haga falta porque ahora... ahora no vive en este pueblo. La invitaremos en el futuro...

Por tanto, su aparición fue embarazosa. Todos nos pusimos de pie sin saber qué hacer.

—¿Qué pasa? Después de vivir tantas aventuras en este mundo, cuando vuelvo a ver a mi familia materna, ¿no tengo ni un sitio para sentarme? —dijo mi tía con tono ofensivo.

En ese momento nos dimos cuenta de que no había espacio y le hicimos un hueco inmediatamente. Hicimos mucho ruido.

Mi hermano y mi cuñada se apresuraron a darle explicaciones:

—La primera persona a la que queríamos invitar era a usted. Siempre ha sido el ejemplo de esta familia...

—¡No me jodáis! —Tía se sentó al lado de mi padre, apuntó a mi hermano y dijo—: Dakou, tu padre está aquí delante, ¡no podéis decir que soy el ejemplo de esta familia! Ni siquiera cuando se muera seré el ejemplo de esta familia. La hija casada pasa a la familia del marido, ¿verdad, mi querido hermano?

—No eres una hija normal, eres la heroína de nuestra familia.

—Mi padre apuntó a todos los que estaban sentados a la mesa y preguntó—: ¿Hay acaso algún chico de esta mesa al que no hayas ayudado a traer al mundo?, ¿al que no hayas cogido entre tus brazos al nacer?

—Ya todo es historia —dijo mi tía—. Aquellos años... No merece la pena mencionar aquellos años. Venga, ¡bebamos! ¿Por qué no me dais un vaso? ¡He traído una botella de licor! —Tía sacó una botella de Maotai del bolsillo y la colocó en la mesa con mucha fuerza—. Me la regaló un funcionario de la ciudad de Lanting. Su segunda esposa tiene veintiocho años menos que él y solo piensa en tener un hijo. Estaban convencidos de que yo podía convertir a la hija concebida en un hijo. Me pidieron que lo hiciera. Les dije que eso pasaba solo en las leyendas, que era imposible realizarlo, pero la tonta de la mujer insistía en que le diera la poción mágica. Me dijo que la esposa legal le había dado dos hijas y que si pudiese parir a un niño le conquistaría por completo. Aquel hombre apreciaba a los niños y despreciaba a las niñas; los antiguos pensamientos feudales estaban profundamente arraigados en su mente. Como altísimo funcionario debería tener consciencia de que son pensamientos anticuados. ¡Joder! —dijo Tía muy enfadada—. De todas maneras, su dinero es dinero negro y si no les engañaba a ellos, ¿a quién iba a engañar? Así que preparé un medicamento con varios componentes y le di nueve dosis. Utilicé agua de angélica, ñame, *Rehmannia* glutinosa y regaliz entre otros; todo lo que vendían a granel por diez céntimos. En total me costó treinta yuanes, pero les cobré novecientos. La muy idiota lo cogió muy complacida, se metió rápidamente en un coche rojo y se fue a toda prisa. Hoy han venido a darme las gracias por mi medicamento mágico. Dicen que si no hubiese sido por él, no hubiesen tenido un hijo tan hermoso. *Ja, ja, ja*. —Mi tía rompió a carcajadas, cogió la copa llena de licor que le había dado mi hermano y se lo bebió de un trago. Entonces se puso la mano en la pierna y dijo—: Es demasiado gracioso. A ver, decidme, ¿por qué estos funcionarios del Gobierno son tan tontos a pesar de su buena educación? ¿Cómo se le va a cambiar el sexo a un feto? Si pudiese hacer eso ganaría el premio Nobel de Medicina, ¿no? ¡Rellenadme la copa! —Tía agitó la copa vacía en

el aire y dijo—: Esta botella de Maotai no la voy a abrir, se la dejo a mi hermano mayor.

—No, no, no —se precipitó a decir mi padre—, con esta panza que tengo tan mediocre, sería malgastar una botella tan preciosa.

Mi tía insistió en que aceptase el regalo.

—Ya que te la doy, tómala —dijo.

—Pero, una botella como esta, ¿cuánto puede valer? —preguntó con mucho cuidado mi padre acariciando el precinto de la botella.

—¡Por lo menos cuesta ocho mil yuanes! Según dicen, su precio ha vuelto a subir —contestó mi cuñada.

—Dios mío —dijo mi padre—, esto no es un licor, es la sangre del fénix. ¿Pero por qué cuesta tanto? El trigo lo vendemos a 1,60 yuanes el kilo. ¿Una sola botella vale unos cinco mil kilos de trigo? Trabajo muy duro todo el año y ni con esas puedo pagar la mitad de esta botella. —Le devolvió el licor a mi tía y dijo—: Llévatela a casa, no puedo beber un licor como este. Si lo bebiese, me avergonzaría.

—Cógelo, hombre. No lo he pagado yo. Si no lo bebes, se echará a perder. ¿Recuerdas lo que pasó en Pingdu cuando nos llevaron los japoneses y nos invitaron a aquel banquete? Si no comías lo que había al final lo tiraban a la basura.

—Sí, tienes razón, pero ¿por qué cuesta tanto un poco de agua especiada? —insistió mi padre.

—Hermano, ¿no lo comprendes? Te lo estoy diciendo... Porque los que beben este tipo de licor no lo pagan sino que se lo regalan. Los que pagan solo pueden permitirse otro tipo más barato... —contestó mi tía. Entonces levantó la copa y se la bebió de un trago—. Tú, vejezuelo de ochenta años, si bebieses todos los días, ¿cuántos años más podrías seguir disfrutándolo? —Mi tía se llevó la mano al corazón y dijo—: Delante de nuestros descendientes me comprometo a ¡ofrecerte Maotai todos los días! ¿De qué te preocupas? Antes, nos preocupábamos por todo, pero con el final de la Revolución Cultural se acabó la pesadilla. ¡Rellenadme el vaso! ¿No veis que está vacío? ¿No queréis darme licor?

—Qué va, Tía, toma lo que quieras.

—La verdad es que ahora no soy capaz de beber mucho licor,

pero en el pasado competía con los cabrones de la comuna. Los chicos de la comuna querían dejarme en ridículo, sin embargo, podía con ellos y todos acababan debajo de la mesa ladrando como perros.

—Venga, chicos, vamos a acabarlo.

—Tía, come un poco más.

—¿Por qué tengo que comer? En la época de guerra no había comida y vuestro abuelo mayor podía terminarse media jarra de licor de sorgo y tomar tan solo un puerro como aperitivo. Al buen bebedor no le importa si tiene comida o no. Vosotros solo sois unos comilonos. —Mi tía se sintió acalorada por los efectos del alcohol, se desabrochó unos botones de la blusa, apoyó la mano en el hombro de mi padre y le dijo—: Hermano, te estoy ofreciendo una botella, tienes que beberla. Solo quedamos nosotros dos de nuestra generación. Si no bebemos ni comemos, ¿para qué ahorramos? Si no lo gastamos, el dinero no es más que papel. Cuando lo gastamos es dinero. Mis técnicas médicas son extraordinarias, no me preocupo por el dinero. Sé que cualquier funcionario acudirá a mí cuando tenga una enfermedad. Además... —Entonces rompió a reír y dijo—: Puedo hacer magia y convertir niñas en niños. Es una tecnología complicada. Si les pido cien mil yuanes por cambiar el sexo del feto, no dudarán ni un segundo.

—Pero si una mujer se toma la medicina del cambio de sexo y, sin embargo, pare una niña, ¿qué vas a hacer? —Mi padre le hizo esta pregunta muy angustiada.

—No entiendes nada de medicina tradicional —dijo mi tía—. Además, yo soy una bruja, las palabras de las brujas sirven para enredar a sus clientes.

Mi sobrino Xiangqun aprovechó el momento en que mi tía se encendió un cigarrillo para preguntar:

—Abuela, ¿me puedes contar un poco la historia del piloto? A lo mejor, algún día me convierto en un ser tan apasionado como él y voy a Taiwán a visitarle.

—¡Cállate! —dijo mi hermano.

—¡Qué grosero! —dijo mi cuñada.

Mi tía daba caladas con mucha habilidad; el humo difuminó su

rostro y su pelo rizado ligeramente alborotado.

—Ahora tengo que confesar. —Tía se bebió la copa de un trago y dijo—: Él fue mi destructor, pero también mi salvador. —Mi tía dio la última calada a su cigarrillo con mucho ímpetu y luego lo lanzó con el dedo corazón. La colilla voló bastante lejos de la mesa, trazando una curva roja—. Bueno, estoy un poco borracha, tengo que volver a casa.

Se levantó, pero debido a su sobrepeso empezó a dar tumbos hacia la puerta. Enseguida nos levantamos y nos lanzamos hacia ella para ayudarla.

—¿Pensáis que estoy completamente borracha? De ninguna manera, nunca me emborracharía —dijo.

Al otro lado de la puerta vimos que nuestro tío Hao Dashou, que acababa de recibir el título de Maestro Popular de Artesanía, la estaba esperando tranquilamente.

九

Estimado señor, al día siguiente, mi sobrino vino en su moto desde la capital del distrito exclusivamente para investigar la historia de Wang Xiaoti. Mi padre se sintió muy incómodo.

—No le preguntes nada a Tía —le advirtió—. Es una setentona, no es bueno traerle a la memoria malos recuerdos; le causará mucha tristeza. Además, no es fácil hablar de estas cosas delante de su esposo.

—Xiangqun, tu abuelo tiene razón —le dije—, pero como veo que te interesa muchísimo te contaré todo lo que sé. De todas maneras, si pones su nombre en cualquier buscador de internet verás que aparece todo y te enterarás de toda la historia. Además estoy recopilando material para escribir una novela sobre la figura de nuestra tía. Bueno, al final he decidido hacer una obra de teatro. Sea como sea este Wang Xiaoti es sin duda un personaje muy importante. Llevo veinte años preparando el libro. Hasta utilicé mis contactos para

entrevistar a los testigos que vivieron ese asunto. Lo que hice, en busca de mi objetivo, fue ir a los tres aeropuertos en los que trabajó Wang Xiaoti; también visité la casa de su pueblo natal, en Zhejiang; entrevisté a un compañero de su misma Brigada de las Fuerzas Aéreas, a su capitán de corbeta y al teniente de navío; subí en el caza J-5 que pilotaba Wang Xiaoti; interrogué al jefe del Departamento de Antiagentes Secretos de la comisaría del distrito de aquella época y conversé con el director del Departamento de Seguridad del Buró de Sanidad Pública del distrito. Así que he reunido tanta información que sé más del tema que cualquiera de aquí.

»Sin embargo, la única pena fue no haber podido ver a este chico en persona. No obstante, tu padre tuvo la oportunidad de verle muy de cerca porque nuestra tía le dio permiso. Un día se metió en el cine y vio con sus propios ojos entrar a la tía y a Wang Xiaoti cogidos de la mano. Para su sorpresa, se sentaron justo a su lado. Según sus descripciones, Wang Xiaoti medía un metro setenta y cinco, tenía la piel blanca, la cara delgada, un poco alargada, y unos ojos pequeños pero hermosos. Dos filas de dientes blancos brillaban constantemente.

»La película que vieron esa noche fue *Así se templó el acero*, una adaptación de la novela de Ostrovski de mismo título. Tu padre dijo que al principio trató de observar los movimientos de Wang Xiaoti y de mi tía, pero, poco a poco, se fue sumergiendo en la historia de amor y revolucionaria de la pantalla. En aquella época, muchos alumnos chinos se comunicaban con alumnos soviéticos a través del correo postal. La alumna que escribía frecuentemente a tu padre se llamaba Dounia, así que era comprensible que se quedara absorto en la pantalla. Pero en cualquier caso consiguió verle la cara a Wang Xiaoti. Mientras cambiaban la cinta, ya que en aquella época no había más que un proyector en el cine, le invadió un fuerte aroma a caramelo de frutas, procedente de Wang Xiaoti. Por supuesto, también oyó los chasquidos de la gente que comía pipas y cacahuets. En aquella época, estaba permitido comer en el cine y daba igual si lo que comías tenía o no envoltorio. El suelo estaba cubierto de las cáscaras de pipas y de cacahuets, y de los envoltorios de los caramelos.

»Cuando terminó la película, mi tía esperaba bajo la luz de las

farolas de la calle mientras Wang Xiaoti cogía la bicicleta y se dirigía hacia ella. La iba a acompañar a su habitación en el Buró de Sanidad Pública, porque en ese entonces mi tía tenía un trabajo temporal ahí. Entonces mi tía sonrió y le dijo: “Wang Xiaoti, ¿te quería presentar a una persona!”. Tu padre estaba escondido tras una columna fuera del cine y no se atrevía ni a asomar la cabeza. Wang Xiaoti echó un vistazo alrededor y preguntó: “¿A quién? ¿Dónde está?”. Mi tía lo llamó: “¡Wan Kou! Ven aquí». Así que tu padre salió con mucho miedo de detrás de la columna. Era casi de la misma altura que Wang Xiaoti, pero no era tan fuerte como él, a su lado parecía un palillo. En cuanto a la historia que nos contó tu padre acerca de que una vez lanzó un disco fuera del campo de deporte de la escuela y le cortó un cuerno a un buey, debía ser una fanfarronada. Su pelo estaba muy alborotado y era igualito que un nido de urracas. “Este es mi sobrino, Wan Kou”. Así le presentó mi tía, *ja, ja*. Wang Xiaoti le dio una palmada con fuerza en el hombro y dijo: “¡Pareces un agente secreto! ¡Wan Kou es un nombre hermoso!”. Entonces le extendió la mano y añadió: “Chico, encantado, ¡soy Wang Xiaoti!”. Tu padre se quedó muy impresionado y no sabía qué hacer, así que alargó las dos manos y saludó a Wang Xiaoti con mucha fuerza, sacudiéndole la mano sin parar.

»Tu padre nos dijo que un día visitó a Wang Xiaoti y que este le invitó a almorzar: gambas fritas, pollo con guindilla, huevos, flor de calabaza y todo el arroz que quisiera. Sentimos mucha envidia y a la vez mucho orgullo. No solo porque conoció a Wang Xiaoti sino porque tu padre es mi hermano y había comido en el comedor de las Fuerzas Aéreas.

»Wang Xiaoti le regaló una armónica a tu padre de la marca Alondra, que entonces era bastante lujosa. Tu padre nos dijo que era una persona con muchos y variados dones. Jugaba muy bien al baloncesto; podía hacer un tiro en bandeja y meter canasta de espaldas, como Michael Jordan. Este habilidoso movimiento impactó a tu padre durante mucho tiempo. Además, sabía tocar la armónica y el acordeón. Su caligrafía era impoluta y poseía un gran talento para pintar. Según tu padre, tenía un dibujo empezado a lápiz en la pared de su habitación y lo que estaba dibujando era el rostro de mi

tía. Respecto al origen de su familia, no tenía por qué ser criticado. Su padre era un alto cargo del Partido y su madre, catedrática de universidad. ¿Por qué una persona como él decidiría volar a Taiwán, convertirse en un traidor y hacer daño a tantas personas?

»El excapitán de la Brigada de las Fuerzas Aéreas me contó la razón por la que huyó: la radio enemiga. Al parecer tenía una radio que podía sintonizar con Taiwán y que escuchaba frecuentemente a escondidas. La locutora de radio del Kuomintang tenía una voz muy dulce y magnética. Su apodo era *la Rosa de la Noche*. Supusimos que esa mujer le sedujo. ¿Pero mi tía no era la chica perfecta?

»El excapitán, que ahora tiene una edad avanzada, me explicó que mi tía, sin duda alguna, era la chica ideal. Su familia era muy honrada, era muy guapa y, además, era miembro del Partido. Para aquella época, mi tía era una chica magnífica y todos envidiaban a Wang Xiaoti. Sin embargo, ella era una persona demasiado recta y revolucionaria. En este sentido, según Wang Xiaoti mi tía estaba completamente envenenada por los conceptos materialistas, lo que para él no era la mejor opción. Cuando más adelante el Departamento de Seguridad analizó el diario de Wang Xiaoti, se descubrió el apodo que le había puesto: *Madera Roja*. “Por supuesto, fue gracias a este diario por lo que liberaron a tu tía de todo este escándalo”, remarcó el viejo capitán. “Si no hubiese sido por ese apodo no se hubiese podido probar su inocencia”.

»Wang Xiaoti no solo hizo polvo a mi tía —continué explicándole a mi sobrino—, a tu padre también. Por culpa de la armónica, tu padre tuvo que ir varias veces a comisaría. Ese instrumento servía para captar a los jóvenes. Como consecuencia se la confiscaron. En el diario, Wang Xiaoti también mencionaba a tu padre: “*Madera Roja* se trajo un día al tonto de su sobrino y me lo presentó. Este chico también era *Madera Roja* y tenía un nombre muy extraño: Wan Kou”. Si no hubiesen descubierto ese diario tu padre estaría acabado.

—A lo mejor Wang Xiaoti lo hizo a propósito —comentó mi sobrino.

Mi tía también estaba convencida de eso. Pensaba que Wang Xiaoti escribió el diario con el único fin de protegerla. Por eso anoche

nos dijo: «Este chico fue mi destructor, pero también mi salvador».

Señor, aparentemente, lo que más le interesaba a mi sobrino eran los detalles de la huida de Wang Xiaoti. Apreciaba mucho sus técnicas como piloto y decía que era increíble que hubiese conseguido volar a cinco metros de altura por encima del nivel del mar a ochocientos kilómetros por hora. Si se hubiese distraído por cualquier motivo, el caza hubiese impactado en el mar y él no hubiera tenido donde caerse muerto. Este hombre era un verdadero genio, un piloto atrevido. Antes de esta incidencia, cada vez que practicaba podíamos verle realizar de forma maravillosa movimientos complicados en el cielo. En aquel entonces decíamos que sería capaz de bajar a coger una sandía y luego volver a ascender para volar por encima de las nubes.

—Cuando llegó al otro lado, ¿es verdad que le premiaron con diez kilos de oro? —me preguntó mi sobrino.

—Posiblemente fue verdad —contesté—. No obstante, ni por cien kilos de oro merecería la pena hacerlo. Xiangqun, mi querido sobrino, no envidies eso. El dinero y las mujeres son peligrosos; solo la patria, el honor y la familia son cosas preciosas.

—Tío, ¡qué gracioso eres! ¿En qué siglo estamos? ¿Por qué me dices todo eso? —contestó mi sobrino.



En el año 1961 mi tía se liberó del escándalo de Wang Xiaoti y volvió al hospital a trabajar. Sin embargo, en los siguientes dos años no nació ningún niño en ninguno de los pueblos de la comuna. Se debía al hambre. La inanición hizo que las mujeres perdieran la menstruación y los hombres su virilidad. En el Departamento de Ginecología del hospital solo trabajaban mi tía y la doctora Huang. A pesar de que esta doctora se había licenciado en una prestigiosa Universidad de Medicina, afectó negativamente a nuestro pueblo debido a sus problemáticos antepasados y a que era derechista. Cada vez que mi tía mencionaba el tema, se irritaba. Me contó que era una persona

extraña. A veces estaba muy callada y no abría la boca en todo un día y otras no paraba de hablar. Podía pasarse el día entero hablándole a un orinal.

Después del fallecimiento de mi abuela mayor, Tía apenas venía a nuestra casa. Cuando mi madre cocinaba algo exquisito siempre le mandaba a mi hermana que le llevara una ración. Un día, mi padre se encontró medio conejo salvaje en el campo; posiblemente era la presa de un águila. Mi madre eligió unas verduras silvestres y las coció con la carne del conejo. Después cogió un bol, metió la carne y las verduras y lo puso en una bolsa. Esta vez, mi hermana no tenía ganas de llevarle la comida a mi tía. Entonces yo me ofrecí.

—Ve sí quieres —dijo mi madre—, pero no te comas nada por el camino ni rompas el bol. Tienes que ir con cuidado.

Había cinco kilómetros de distancia entre nuestro pueblo y el hospital de la comuna. Al principio corrí con el propósito de llegar antes de que se enfriara, pero al poco rato se me cansaron las piernas y me empezó a rugir el estómago. Sudé mucho y me mareé. Me entró hambre; ya había quemado las calorías de los dos boles de sopa de verduras silvestres. En ese momento, el olor del conejo penetró en mi nariz. Las dos partes de mi conciencia estaban luchando entre sí. Una me decía: «Cómetelo, prueba aunque sea un trocito»; la otra parte decía: «De ninguna manera, tienes que ser un chico honrado, tienes que escuchar a tu madre». Abrí la bolsa muchas veces, pero cada vez que lo hacía, me venía a la cabeza el rostro de mi madre. A los dos lados del camino que llevaba al hospital había unos morales, pero apenas tenían hojas porque los campesinos hambrientos se las habían arrancado. Partí una rama y me la metí en la boca. La mordisqueé, pero estaba áspera y amarga, así que no me la pude comer. De repente vi en el tronco de un moral una ninfa de cigarra dorada que acababa de salir al exterior y que se estaba secando las alas. Tiré de la rama, cogí el insecto y me lo metí en la boca sin pensar. Las cigarras son muy nutritivas y deliciosas, pero hacía falta cocinarlas. La devoré sin pensar, me ahorré encender el fuego. Además, estaba convencido de que así eran más nutritivas que cocinadas.

Mientras caminaba, examiné con atención los árboles a ambos

lados del camino, pero no pude encontrar más cigarras. Tan solo me topé con un póster en color que estaba en buen estado. En él, un joven abrazaba a una mujer tan bella como las hadas. Al pie del póster ponía: «El piloto Wang Xiaoti abandonó el bando comunista en busca de un futuro más brillante. Se incorporó al Partido del Kuomintang, le nombraron capitán de corbeta y recibió cinco kilos de oro. Ahora acaba de contraer santo matrimonio con la señorita Tao Lili, la famosa cantante». Me olvidé del hambre y de repente una fuerza desconocida me hizo gritar. Había oído en la escuela que el Kuomintang utilizaba globos para enviar pósteres de ese tipo, pero nunca imaginé que podría encontrarme con uno. Aquel póster era muy llamativo y, además, tengo que confesar que la mujer que aparecía en él era mucho más hermosa que mi tía.

Cuando llegué a la oficina del Departamento de Ginecología vi que mi tía estaba discutiendo con la señora Huang. Llevaba puestas unas gafas de pasta negra, tenía la nariz aguileña y los labios finos, y cuando hablaba se le veían las encías moradas. Mi tía nos repitió muchas veces que era mejor seguir solteros antes que casarse con una mujer que enseñara las encías al hablar. La mirada de aquella mujer era sombría y espeluznante; me causaba escalofríos. Entonces oí que le decía a mi tía:

—¿Quién coño te crees? ¿Por qué te atreves a dar órdenes? Cuando yo estaba estudiando en la Universidad de Medicina tú no eras más que una chiquilla que tomaba el pecho. ¡Esa es la verdad!

Mi tía la insultó con más fiereza:

—Sí, eres la princesita de un millonario capitalista. También sé que fuiste la estrella de la universidad y que recibiste a los japoneses agitando las banderitas de papel, ¿verdad? Has bailado con esos hijos de puta mejilla con mejilla, ¿verdad? Cuando estabas bailando con los soldados japoneses, yo estaba luchando contra ellos en la oficina central de Pingdu.

Aquella mujer sonrió y dijo con sarcasmo:

—¿Quién ha visto eso? ¿Quién ha visto eso? ¿Quién puede testificar que has luchado contra el general japonés?

—Está grabado en la historia; el cielo nos mira y las montañas

son testigo de nuestros hechos inmortales —contestó mi tía.

Toda la pesadilla que siguió a continuación empezó por una tontería que hice, por algo que nunca debí haber hecho: pasarle el colorido póster a mi tía.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Tía muy enfadada—. ¿Qué coño es eso que traes ahí?

—Un póster, ¡un póster antirrevolucionario del Kuomintang! —le contesté con voz trémula.

Tía le echó un vistazo al papel. Entonces vi que, de repente, empezó a temblar muchísimo, como si se hubiera electrocutado. Tenía los ojos abiertos de par en par y la cara pálida. Lo tiró muy lejos, como si estuviese apartando a una serpiente, o a una rana horrorosa.

Pero cuando mi tía se dio cuenta y quiso recogerlo ya era demasiado tarde. Huang Qiuya tenía el póster en su poder. Le echó un vistazo y luego levantó la cabeza para mirar a mi tía. Volvió a mirar al póster y sus ojos, que se escondían detrás de las grandes gafas de pasta, arrojaron una luz verde, como un fuego fatuo. Entonces sonrió irónicamente. Tía se lanzó hacia ella para arrebatarse el póster, pero Huang Qiuya salió corriendo. Tía alargó la mano, agarró a Huang Qiuya del vestido y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Devuélvemelo!

Huang Qiuya se echó hacia delante con brusquedad. Entonces se le rompió el vestido, y su espalda, tan blanca como la panza de una rana, quedó al descubierto.

—¡Devuélvemelo!

Huang retrocedió, puso la mano en la que tenía el póster arrugado detrás de la espalda y, temblando, caminó paso a paso hacia la puerta. Al mismo tiempo, dijo con un tono amenazante y lleno de satisfacción:

—¿Por qué te lo iba a devolver? Puta traidora. ¡La mujer del traidor! ¡La puta abandonada por el traidor! ¿Ahora tienes miedo? ¿Por qué no sigues contando tu heroico pasado? ¿Tu grandiosa historia como huérfana de un mártir? —Mi tía se abalanzó hacia Huang Qiuya como una loca, pero esta corrió hacia el pasillo y gritó—: ¡Espía! ¡Aquí hay una espía!

Mi tía la alcanzó y la agarró del pelo. El cuello de Huang Qiuya estaba doblado hacia detrás, pero tenía las manos completamente estiradas hacia delante. Entonces emitió otro grito horroroso. En aquella época, el hospital solo tenía dos pisos de habitaciones, el primero era para atender a los pacientes y el segundo para las oficinas del hospital. Todo el mundo se acercó a ver qué pasaba. Cuando llegaron, mi tía había derribado a Huang Qiuya, estaba sentada sobre su espalda y trataba de quitarle el póster con todas sus fuerzas.

El director llegó corriendo. Era un hombre de mediana edad, calvo y de ojos diminutos. Tenía unas ojeras pronunciadas y una dentadura falsa extraordinariamente blanca.

—¡Parad! —les ordenó a las dos—: ¿Qué estáis haciendo?

Parecía como si mi tía no hubiese oído la orden del director. En vez de parar trató con más rabia de abrirle las manos a Huang Qiuya. El ruido que esta emitía ya no eran gritos sino llantos.

—Wan Xin, ¡suéltale las manos! —El director gritó con furia a toda la gente que estaba alrededor—: ¿No veis lo que está pasando? ¡Separadlas!

Entonces llegaron unos médicos y las separaron como pudieron. Huang Qiuya había perdido las gafas y le sangraba la boca. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero sus manos sujetaban con fuerza el póster. Entonces le dijo al director:

—Señor, tiene que hacer justicia.

La ropa de mi tía estaba completamente arrugada. Destacaba la palidez de su cara, que contrastaba con la sangre que tenía en el cuello; era obvio que se lo había hecho Huang Qiuya con las uñas.

—Wan Xin, ¿qué ha pasado? —preguntó el director.

Mi tía no hizo más que esbozarnos una sonrisa amarga. Dos hileras de lágrimas rodaron por su rostro. Tiró al suelo con todas sus fuerzas los pedazos rotos del póster. No dijo ni una palabra, tan solo se dirigió a su oficina.

En ese momento, Huang Qiuya le pasó el póster arrugado al director, como una heroína que entrega un botín tras sufrir muchas pesadumbres. Después se arrodilló en el suelo y buscó sus gafas con las dos manos. Cuando las encontró, se las puso, pero como tenían

la montura rota las tuvo que sujetar con la mano. Entonces descubrió los pedazos rotos del póster que mi tía había tirado al suelo. Se arrodilló y se precipitó a recogerlos, como si hubiese encontrado un tesoro. Luego se levantó.

—¿Qué coño es esto? —preguntó el director mientras lo desplegaba.

—Publicidad antirrevolucionaria —explicó Huang Qiuya, y se lo entregó al director como si le estuviese pasando el tesoro—. Es publicidad del traidor que ha volado hasta Taiwán, ¡el famoso Wang Xiaoti!

Los médicos y enfermeras que estaban presentes emitieron un aullido de sorpresa. Como el director tenía presbicia, alejó el póster y se esforzó en enfocar la vista. Todos los médicos y enfermeras le rodearon al unísono.

—¿Qué estáis mirando? A trabajar. ¡Volved a vuestros puestos! —El director dobló el anuncio y lo guardó con cuidado. Después de gritarnos a todos, exclamó—: Doctora Huang, ven conmigo.

Huang Qiuya siguió al director a su oficina y los médicos y enfermeras se reunieron en grupitos de dos o tres personas para comentar la escena. En aquel instante se oyó un llanto melancólico en la sala de operaciones y me di cuenta de que había cometido un gran error. Entré con mucho miedo y vi a mi tía sentada en una silla, con la cabeza entre los brazos, llorando y dando puñetazos a la mesa.

—Tía —dije—. Mamá me ha mandado hasta aquí para traerte este bol de conejo. —Pero no me hizo caso, seguía llorando—. Tía —repetí, y yo también me puse a llorar—, no llore, por favor. Come algo de carne...

Dejé la bolsa en la mesa, la abrí, saqué el bol de conejo y se lo acerqué. Tía movió el brazo con mucha rapidez y el bol cayó al suelo y se rompió en trozos pequeños.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —Levantó la cabeza y me gritó—: Tú, cabrón, ¡fuera de aquí!

十一

Después de unos segundos me di cuenta de la gravedad de mi error. Salí corriendo del hospital y mi tía se cortó una vena del brazo izquierdo. A continuación, con el dedo bañado en sangre, escribió: «¡Odio a Wang Xiaoti! Soy una persona del Partido, cuando muera, mi alma también pertenecerá al Partido».

Cuando Huang Qiuya volvió victoriosa a su oficina, la sangre de mi tía había llegado hasta la puerta. Huang Qiuya soltó un chillido agudo y se quedó paralizada.

Mi tía se salvó, pero obtuvo un amonestamiento de observación en el Partido. La razón de ese castigo fue considerar que ella había intentado suicidarse para amenazar y extorsionar al Partido.

十二

En el otoño de 1962 el pueblo Dongbeixiang de Gaomi tuvo la mejor cosecha de boniatos de la historia. La caprichosa tierra, después de tres años de desgracias, se volvió benevolente y fértil. Aquel año la producción media fue de setecientos cincuenta mil kilos por hectárea. Ahora, cuando recuerdo las escenas de la cosecha de boniatos, me emociono. Cada tallo tenía varios frutos. El más grande de nuestro pueblo pesaba diecinueve kilos. El Secretario General del distrito, Yang Lin, se hizo una foto abrazando ese boniato gigante y la publicaron en primera página del periódico *Diario del Pueblo*.

El boniato es algo fantástico, sin duda es una cosa maravillosa. Además, no solo contábamos con una alta producción, sino que también era de una calidad insuperable. Cada uno de los boniatos tenía un alto contenido en almidón, y una vez cocido, cuando se abría, parecía un puré espeso con sabor a castaña. Eran sabrosos y nutritivos. En todos los patios de Gaomi había boniatos apilados; en todas las casas había varias láminas de hierro para secar las rodajas de boniato.

También se convirtieron en adornos para la pared. No pasábamos hambre, por fin, no pasábamos hambre. La época de comer raíces, hierbas o corteza de los árboles se había terminado; los terribles días en que moríamos de hambre se habían terminado. La hinchazón de nuestras piernas desapareció, sin embargo, nos salió barriga. Teníamos la cara más rellenita y nuestros ojos dejaron de estar hundidos. Cuando andábamos, sentíamos fuerza en las piernas y al mismo tiempo ganamos velocidad. El pecho de las mujeres bien alimentadas era protuberante. También recuperaron el periodo. Los hombres podían erguir la espalda, les volvió a salir el bigote y recuperaron el deseo sexual sin darse cuenta. En los primeros dos meses casi todas las mujeres jóvenes se quedaron embarazadas. El invierno de 1963, el pueblo Dongbeixiang de Gaomi tuvo el primer boom de natalidad. Ese año, solo en nuestra comuna de cincuenta y dos pueblos nacieron dos mil ochocientos ochenta y ocho niños. Mi tía les llamó a todos con el apodo de *bebés boniato*.

El director del hospital era una persona benévola y honrada. Cuando mi tía tuvo que hacer reposo tras su intento de suicidio, fue a visitarla. Esperaba que pudiera dejar de pensar en el pasado y que se incorporara pronto a su puesto de trabajo. Dijo que el pueblo y el Partido nunca dejarían de lado a una persona honrada ni dejarían en libertad a una persona malvada. Tenía que creer en el Partido e intentar probar su inocencia con sus actos. El director se acercó a mi tía y le dijo en voz baja:

—No eres como Huang Qiuya. Ella tiene la esencia de un demonio. Sin embargo, tú eres roja como una planta y de raíces rectas, aunque ahora estás perdida, si te esfuerzas, tendrás un futuro brillante.

Las palabras del director de hospital hicieron llorar a mi tía desconsoladamente. Sus palabras también me hicieron llorar a mí.

Mi tía se enderezó de su pasado tenebroso y sangriento y volvió a trabajar con una pasión ardiente. En aquel entonces, todos los pueblos tenían sus propias matronas cualificadas, pero muchas mujeres preferían ir al hospital a parir. Mi tía se olvidó de las rencillas del pasado y trabajaba mano a mano con Huang Qiuya, como doctora y

como asistente. A veces, trabajaba días seguidos sin dormir; era incapaz de contar cuántas vidas de niños y madres había salvado desde que se encontró ella misma en las puertas de la muerte. En cinco meses, habían recibido a ochocientos ochenta y ocho niños y habían hecho dieciocho cesáreas. En aquella época, la cesárea era una operación bastante complicada. El hecho de que se atrevieran a hacer esta intervención tan compleja en un hospital comunal tan pequeño y que solo contaba con dos médicos causaba sensación en el público. Mi tía, una persona orgullosa y un tanto arrogante, tenía que reconocer que las técnicas de Huang Qiuya eran brillantes. Si mi tía consiguió ser la doctora más famosa de Gaomi fue gracias a su enemiga.

Huang Qiuya era una vieja virgen que probablemente no se enamoró de nadie en toda su vida. Por lo tanto era comprensible que tuviera un humor de mil demonios. Mi tía nos contaba muchas veces las anécdotas de su antigua enemiga.

—Huang Qiuya era la única hija de un millonario de Shanghái. Se licenció en una famosa universidad y sin embargo la colocaron en nuestro pueblo, Dongbeixiang, en Gaomi. Era una auténtica fénix desplumada, peor que una gallina.

—¿Quién era la gallina?

—Yo era la gallina —me dijo Tía con cierta ironía—, la gallina que luchaba contra el fénix. Al final me tuvo miedo y cada vez que me veía se quedaba temblando. En aquella época, todo el mundo se volvió loco, fue una verdadera pesadilla —aseguró, y añadió emocionada—: Huang Qiuya fue una maravillosa ginecóloga. A veces discutíamos por la mañana pero por la tarde, una vez estábamos en la mesa de operaciones, se concentraba al cien por cien. No se distraía con nada, ni aunque el pueblo ardiese en llamas se inmutaría. Tenía unas manos muy hábiles y cada vez que operaba pensaba que estaba haciendo una obra de arte...

Cuando mi tía hablaba de esto rompía a reír a carcajadas, pero poco a poco sus ojos se inundaban de lágrimas.

十三

El tema del matrimonio de mi tía se había convertido en una verdadera preocupación para nuestra familia. No solo afectaba a los mayores sino que hasta a nosotros, niños de unos diez años, también nos angustiaba. No obstante, nadie se atrevía a mencionárselo a mi tía. Una vez lo hicieron y se puso hecha una fiera.

La primavera de 1966, en la mañana de la fiesta de Qingming, mi tía vino a nuestro pueblo a hacerles un chequeo médico a las mujeres en edad de concebir. La acompañaba su aprendiz, una chica de más o menos dieciocho años de la que solo sabíamos que la llamaban Leoncita; tenía la cara llena de acné, la nariz respingona, los ojos muy separados y el pelo rizado y largo, y no era muy alta, aunque su cuerpo estaba bien desarrollado. Cuando terminaron el trabajo, mi tía la trajo a comer a nuestra casa: creps, huevos cocidos, puerros y *doubanjiang*, una pasta picante de habas. Como nosotros habíamos comido hacía mucho rato, simplemente las vimos comer.

Leoncita era muy tímida, siempre miraba hacia abajo y no se atrevía a levantar la cabeza. Los granos de su cara parecían judías rojas. A mi madre le cayó muy bien y le hizo muchas preguntas sobre su vida, incluido su estado civil.

—Mi querida cuñada, ¿quieres que sea la esposa de tu hijo? —dijo mi tía—. Deja de cotillear.

—Qué va —contestó mi madre—. Nosotros, los campesinos, ¿cómo nos vamos a atrever a pensar en la posibilidad de que una chica tan hermosa como esta se case con un hijo nuestro? Leoncita es una chica que puede consumir los cereales del almacén nacional. Mira a todos tus sobrinos, ninguno es digno para ella.

Leoncita bajó más la cabeza y no fue capaz de comer más. En ese momento, llegaron mis amigos Chen Bi y Wang Gan. Wang Gan entró tan rápido en la habitación que no vio el plato que había en el suelo, con comida para el gallo y la gallina.

—¡Maldita sea! —gritó mi madre—, ¿no puedes mirar por dónde andas?

Wang Gan se tocó el cuello y sonrió abobado.

—Wang Gan, ¿cómo anda tu hermana? —le preguntó mi tía—. ¿Ha crecido un poco más?

—Sigue igual —contestó él.

Mi tía devoró el crep, cogió una servilleta para limpiarse la boca y le explicó:

—Que sepas de todas maneras que tu madre no puede tener más hijos. Si tuviese otro se le caería el útero al suelo.

—No les digas estas cosas a los chiquillos —dijo mi madre.

—¿Qué pasa? —contestó mi tía—. Quiero que sepan los problemas ginecológicos que tiene una mujer a lo largo de su vida. La mitad de las mujeres de este pueblo padece de adenomiosis y la otra mitad tiene endometritis. El útero de la madre de Wang Gan se ha movido y parece una pera podrida. Aun así, ¡Wang Tui insiste en tener otro hijo! Si me encuentro con él algún día... En cuanto a ti, Chen Bi, tu madre también tiene problemas ginecológicos.

Mi madre interrumpió a mi tía y nos echó:

—Id a entreteneros con vuestros amigotes y ¡no nos interrumpáis!

—Xiao Pao, ¡tienes que invitarnos a unos cacahuets fritos! —me dijo Wang Gan cuando salimos al callejón.

—¿Por qué tengo que invitaros?

—Porque sabemos tu secreto —dijo Chen Bi.

—¿Qué secreto?

—Invítanos a cacahuets y te lo diremos.

—No tengo dinero.

—¿Cómo puede ser que no tengas dinero? —se sorprendió Chen Bi—. Has robado un trozo de bronce a la Brigada de Maquinaria y lo has vendido a un yuan con veinte céntimos. ¿Pensabas que no nos íbamos a enterar de este asunto?

—No lo robé —expliqué a toda prisa—, son restos que no querían y que han tirado.

—Bueno, pero de todas maneras lo has vendido a un yuan y veinte céntimos. ¿Es verdad o no? Venga, ¡invítanos!

Wang Gan señaló con el dedo el columpio que estaba al lado de la acera. Había mucha gente alrededor y se oía con claridad un *clic*,

clic, clic, clic, porque un señor mayor estaba allí vendiendo cacahuets fritos.

Cuando acabé de repartir los cacahuets, que me costaron treinta céntimos, Wang Gan se dirigió a mí seriamente y me dijo:

—Xiao Pao, ¡tu tía se va a casar con el Secretario General del distrito y va a ser su segunda esposa!

—¡No puede ser! —dije yo.

—Cuando tu tía se convierta en la esposa del Secretario General del comité del distrito, podréis beneficiaros de su matrimonio —dijo Chen Bi—. Tu primer hermano, tu segundo hermano, tu hermana y tú podréis mudaros a la capital. Encontraréis un buen trabajo, consumiréis los cereales del almacén nacional, podréis ir a la universidad y podréis ser funcionarios nacionales... Cuando lo logréis, ¡no nos olvidéis!

—Por cierto, ¡Leoncita es guapísima! —Wang Gan arrojó de repente esta frase.

十四

En la época de los *bebés boniato*, cuando los padres iban a registrar los nombres en el libro de familia recibían billetes⁷ de tela de 3,30 metros de largo y un litro de aceite de soja. Si tenías gemelos, te daban el doble. Los padres se emocionaban mucho y se les humedecían

7. En aquella época, entre los años 50 y los 70 del siglo pasado, China aplicaba la política de la economía planificada según los pensamientos marxistas. Sin embargo, el país sufría una escasez material y no había suficientes productos, así que no existía la posibilidad de comprar cosas. Además, aplicaba la manera de retribución promedia, que es una forma ideal de intercambio de recursos sociales según Marx. Se usaban billetes de diferentes tipos para intercambiar cosas, por ejemplo, billetes de cacahuete para cambiar cacahuets, billetes de tela para cambiar tela, billetes de gasolina para cambiar gasolina, etc. Así que todo el mundo esperaba su turno y su billete para poder conseguir lo que necesitaba [*N. del T.*].

los ojos cuando recibían el dorado aceite y contaban cuidadosamente con los dedos los billetes de tela, que desbordaban un fuerte aroma a tinta.

—¡La nueva sociedad es verdaderamente maravillosa! —comentó mi madre—. Cuando damos a luz a los niños, nos premian con cosas útiles. Nuestra patria tiene una población escasa. Necesita gente que forje el futuro; la patria aprecia mucho a los niños.

Además de estar emocionados, los padres también se hacían una promesa a sí mismos: iban a tener más niños para dar las gracias a su patria. La esposa de Xiao Shangchun, el guardián del granero comunal —la madre de mi compañero de clase Xiao Xiachun—, había alumbrado sucesivamente a tres hermanas menores que él. Y antes de que la pequeña terminara la lactancia, su barriga volvió a crecerle. A veces, cuando volvía de sacar las vacas a pastar, veía a Xiao Shangchun en su vieja bicicleta cruzando el pequeño puente. Como era una persona corpulenta, la pobrecita bicicleta chirriaba pidiendo auxilio. Muchas veces, los vecinos del pueblo se reían de él.

—Hombre, Lao Xiao, ¿cuántos años tienes ya? ¿No quieres descansar ni siquiera una noche?

—Absolutamente no, cuando hago niños para la nación, ¡no me canso! —contestó sonriendo.

A finales del año 1965, el brusco aumento de población hizo tomar medidas en el asunto a los jefes del Gobierno. Era el primer boom de natalidad desde el establecimiento del nuevo Gobierno de China. El Gobierno elaboró un nuevo eslogan: «Uno no es poco, dos son suficientes, tres son demasiados». Cuando la Brigada Cinematográfica vino a proyectar una película al pueblo, pasaron antes de empezar un reportaje sobre los conceptos básicos de planificación familiar. Cuando salieron en la pantalla los dibujos de unos genitales extraordinariamente grandes, se oyeron muchos gritos y risas nerviosas entre el público. Los niños como yo también silbamos al ver esos dibujos. Muchas parejas jóvenes se apretaron la mano. Ese tipo de propaganda sobre planificación familiar no se diferenciaba en nada de la que se hacía sobre los afrodisíacos que impulsaban a la gente a procrear. La compañía teatral se dividió en grupos de doce

para entrar en cada pueblo y representar la obra *La mitad del cielo*⁸ con el fin de criticar que se infravalorase a las mujeres.

En aquella época, mi tía era la jefa del Departamento de Ginecología del hospital de la comuna y la vicedirectora del grupo de trabajo de planificación familiar de la comuna. El director de ese grupo era el Secretario General del Partido de la comuna, Qin Shan, pero solo tenía el título, no se encargaba de ningún asunto. Mi tía, en realidad, era la directora y organizadora de todas las actividades de planificación familiar de nuestra comuna y, al mismo tiempo, era la administradora. En aquel entonces había engordado un poco y sus dientes brillantes se habían puesto amarillos porque no tenía tiempo para cepillárselos. Su voz se volvió un poco áspera y masculina debido a los frecuentes discursos que daba, y que podíamos oír gracias a los altavoces del pueblo. Casi siempre empezaba su discurso con estas palabras: «Comer sin trabajar no se debe tolerar. De lo que quiero hablar hoy es de la planificación familiar...».

En aquella época mi tía fue perdiendo autoridad y hasta las mujeres que se habían beneficiado de sus servicios empezaron a maldecirla sin piedad.

Aunque mi tía se había dedicado con todo su esfuerzo a sus nuevas funciones, no surtió ningún efecto; la gente no le hizo caso. Cuando la compañía teatral del distrito vino a nuestro pueblo la protagonista empezó a cantar en el escenario:

—*En esta nueva época la mujer es igual al hombre.*

Wang Jiao, el padre de Wang Gan, gritó y maldijo:

—¡Carajo! ¿Cómo que es igual? ¿Quién coño se atreve a decir que

8. «La mitad del cielo» es una frase sacada de las citas del Presidente Mao y significa que la mujer tiene la misma importancia que el hombre. Muchas obras o programas de televisión usaban esta frase como título con el propósito de mostrar que apoyaban la idea de igualdad entre la mujer y el hombre [N. del T.].

somos iguales?

De repente, el público se agitó, empezó a gritar y a tirar ladrillos al escenario. Los actores se cubrieron la cabeza y corrieron a protegerse. Wang Jiao se había bebido un cuarto de litro de licor y la borrachera le hizo perder el juicio. Con una fuerza increíble, saltó al escenario, tambaleándose hacia delante y hacia atrás, levantó la mano, apuntó al público y empezó a vociferar:

—Vosotros que domináis el cielo, gobernáis la tierra, ¿ahora venís a controlar nuestra descendencia? Si os atrevéis coged hilo y cosedles el aparato reproductor a todas las mujeres.

Todos rompieron a reír a carcajadas. Las risas animaron a Wang Jiao, que cogió un ladrillo, apuntó a la bombilla luminosa que estaba colocada en un palo delante del telón y lo lanzó con todas sus fuerzas. Le dio a la bombilla a la primera; todo se quedó completamente a oscuras. Por ese motivo, le metieron en la cárcel durante quince días. Cuando volvió a casa seguía maldiciendo:

—Si os atrevéis, ¡venid a cortarme el pene!

Unos años antes, cuando mi tía venía a casa, estaba rodeada de mucha gente. Pero en esta época nadie quería verla.

—Mi querida hermanita, lo de la planificación familiar... ¿es un invento tuyo o te lo han asignado tus superiores? —le preguntó mi madre.

—¿Qué dices? —Tía la miró enojada—. Lo convoca el Partido, lo manda el Presidente Mao y es una política nacional. El Presidente Mao dice que el ser humano debe ser capaz de controlarse a sí mismo, debe desarrollarse progresivamente.

—Desde siempre tener hijos ha sido una cosa natural y lógica. En la dinastía Han, el emperador obligaba a las chicas a que se casaran antes de cumplir los trece años. Si no se casaban antes de esa edad condenaban a los padres y hermanos. Todos los días nos advierten de que los Estados Unidos nos van a invadir, siempre nos han educado diciendo que tenemos que liberar a Taiwán. Si no les permiten a las mujeres tener hijos, ¿a quiénes va a reclutar el Ejército? Si no tenemos soldados, ¿quiénes van a frenar la invasión de los Estados Unidos? ¿Quiénes van a liberar Taiwán?

—Cuñada, esos pensamientos se han quedado anticuados y ya no merece la pena mencionarlos —explicó mi tía—. El Presidente Mao es más inteligente que tú, tiene una visión más profunda. El Presidente dijo: «¡No podemos dejar que la población se dispare sin medida! Sin tener conciencia de la sociedad ni de las reglas; si el ser humano sigue así, muy pronto nos llevará a la ruina».

—El Presidente también dijo que la fuerza reside en los seres humanos —replicó entonces mi madre—, que el verdadero tesoro está escondido en la población, que los hombres construyen este mundo. Dijo que del mismo modo que es imposible impedir que llueva, no se les puede arrebatar a las mujeres su derecho de tener hijos.

Mi tía no sabía si reírse o si sentir lástima por mi madre.

—Cuñada, te estás inventando las citas del Presidente Mao. En el pasado, si una persona se inventaba una cita del emperador la decapitaban. No queremos arrebatarles a las mujeres el derecho de tener hijos, solo queremos que la gente tenga conciencia del aumento de población y utilice medidas de planificación.

—Todo el mundo sabe que el número de descendientes está predestinado —dijo mi madre—. No hace falta que planifiquéis a nadie. Es lo que se conoce como: «Mujer que ha malparido, trabajo perdido».

Todos los esfuerzos de mi tía fueron lo que había dicho mi madre: una pura pérdida de dinero. Lo único que consiguió fue mala fama. Al principio, repartieron preservativos gratis a los directores de los departamentos de atención a la mujer de cada pueblo con el propósito de que los repartieran entre las mujeres en edad de procrear. Les pidieron a los hombres que se los pusieran antes de hacer el amor. Sin embargo, los tiraron a las pocilgas y algunos se convirtieron en los juguetes de los niños. Los llenaban con aire y los pintaban con diferentes colores. En cuanto a las pastillas anticonceptivas, mi tía y sus colegas las repartieron casa por casa, pero las mujeres tenían miedo de los efectos secundarios y se negaron a tomarlas. Aunque a veces las obligaban, en cuanto se iban se metían el dedo en la garganta para vomitarlas. Fue entonces cuando se pusieron en marcha las vasectomías.

En aquella época, el rumor más extendido en nuestro pueblo era

que mi tía y Huang Qiuya fueron las que inventaron la vasectomía. Algunos decían que Huang Qiuya se sabía la teoría y que mi tía la puso en práctica de manera exitosa.

—Estas dos mujeres no son normales —exageraba Xiao Shangchun—, nunca se han casado. Cuando ven a otras parejas que andan felices, sienten envidia.

Se rumoreaba que mi tía y Huang Qiuya experimentaron primero con cerdos, luego, con monos y finalmente con una docena de prisioneros condenados a pena de muerte. Después de hacerlo con éxito, cambiaron la sentencia de esos prisioneros de pena de muerte a cadena perpetua. Por supuesto, al poco tiempo, supimos que no eran más que tonterías.

En aquellos días, se oía frecuentemente la voz apasionada de mi tía desde los altavoces del pueblo:

—El cuadro de los funcionarios de cada brigada ponga atención, por favor. Repito, el cuadro de los funcionarios de cada brigada ponga atención. Según la resolución de la octava reunión del Comité de Planificación Familiar de la comuna, todos los hombres que tengan tres hijos o más deberán acudir al hospital de la comuna para someterse a una vasectomía. Una vez realizada dicha operación, recibirán una recompensa de veinte yuanes para alimentos durante su recuperación. Podrán descansar una semana sin que se les recorte el salario...

Todos los hombres se reunieron y se quejaron:

—Joder, hay gente que castra a los cerdos, hay gente que castra a los caballos o mulos, ¿desde cuándo se ha visto que se castra a los hombres? No somos eunucos que sirven en la corte, así que ¿por qué nos tienen que castrar?

Cuando los funcionarios del Departamento de Planificación Familiar del pueblo les explicaron que la vasectomía era solo una medida que beneficiaba a sus mujeres; una fácil operación que casi no dejaba ninguna secuela, ellos replicaron:

—Ahora nos decís cosas bonitas, pero cuando nos encontremos en la mesa de operaciones nos anestesiareis y a saber si además de los huevos nos quitáis ¡el pobre pene! Entonces tendremos que hacer pis como las mujeres.

Cada día mi tía y sus colegas limpiaban las mesas de operaciones esperando que fuese algún voluntario. Sin embargo, era en vano. La oficina del Departamento de Planificación Familiar del distrito llamaba cada día al hospital para preguntar la cifra. No obstante, cada vez se ponían más tensos. El Comité del Partido de la comuna se reunió para resolver este problema y tomaron algunas decisiones: los jefes de la comuna debían someterse primero a esa pequeña operación para servir de ejemplo. Los directores de la Brigada de Producción de los pueblos también debían operarse para que se propagara la noticia entre los campesinos. Por otro lado, aquellos que inventasen y difamasen rumores o los que se negasen a someterse a la vasectomía sufrirían la dictadura del proletariado. Los que cumplieran los requisitos pero no quisieran participar perderían en primer lugar su trabajo. Si seguían sin cambiar de opinión les reducirían el suministro de cereales. Si los funcionarios también se negaban perderían sus puestos; si los empleados de la brigada se negaran les despedirían; si los miembros del Partido se negaran les echarían del Partido.

Qin Shan, el Secretario General del Comité del Partido de la comuna, realizó un discurso a través de los altavoces:

—La planificación familiar es un asunto muy importante relacionado con la prosperidad de nuestra nación. Todos los departamentos y brigadas deben prestar atención a las medidas de planificación, y los directores y miembros del Partido deben actuar y dar ejemplo a la gente. —De repente, su tono oficial desapareció y empezó a hablar de manera coloquial—: Queridos camaradas, en mi caso por ejemplo, aunque le han tenido que extirpar el útero a mi mujer debido a una enfermedad, quiero quitaros el miedo a la vasectomía, así que he decidido ir mañana por la mañana a la clínica a someterme a esta operación.

En su discurso también les exigía a la Liga de la Juventud Comunista, a la Federación de Mujeres y a las escuelas que cooperaran activamente para propagar el mensaje de manera generalizada. Teníamos que hacer un movimiento provasectomía. Como siempre, el profesor Xue escribió un soneto y lo tuvimos que memorizar. También nos dividieron en grupos de cuatro personas y todos los miem-

bros de cada equipo teníamos que llevar una bocina hecha de cartón o de hierro. Luego nos teníamos que subir a los árboles y a las azoteas de los edificios y recitar en voz alta: «Señor camarada, por favor, mantenga la calma, señor camarada, no se inquiete, la vasectomía es sencilla, no lo compare con castrar a un animal. El cuchillito solo mide dos centímetros y se recuperará en quince minutos. No sangrará, no sudará y el mismo día podrá volver a trabajar».

Mi tía me dijo que aquella primavera hubo seiscientos cuarenta y ocho casos de vasectomía en la comuna, de los cuales trescientos diez fueron practicados por ella. Me comentó que cuando se aplica una medida como esa, los directores tenían que servir de ejemplo. Cuando el público lo comprendiera, lo pondría en marcha sin vacilación. Hizo muchas veces la operación y la mayoría de la gente que iba al hospital era porque seguía el modelo de sus jefes. Solo hubo dos personas con las que tuvieron que tomar medidas más serias. La primera fue el chófer Wang Jiao, y la segunda, el guardián del granero, Xiao Shangchun.

Wang Jiao, debido a sus antepasados revolucionarios, era rebelde y arrogante. Después de salir de prisión dijo invadido por la ira que se vengaría ojo por ojo y diente por diente de quien se atreviese a obligarle a someterse a la vasectomía. Su hijo, mi amigo Wang Gan, se puso de parte de mi tía porque estaba enamorado de su ayudante, Leoncita. Trató de convencer a su padre, pero solo recibió dos bofetadas. Entonces salió corriendo de casa pero Wang Jiao le persiguió con el látigo en la mano. Llegaron al lago que estaba en el extremo Este de nuestro pueblo. Los dos hombres, que estaban uno a cada lado del lago, se empezaron a insultar.

—Tú, cabrón, hijo de un perro sarnoso, ¿cómo te atreves a decirme que me haga una vasectomía? —gritó Wang Jiao.

—Si tú dices que soy hijo de un perro, seré hijo de un perro —dijo Wang Gan.

Wang Jiao se dio cuenta de que si le insultaba de esa manera en realidad se estaba insultando a sí mismo. Entonces dejó de hablar y empezó a perseguir a su hijo de nuevo. Los dos hombres estaban dando vueltas alrededor del lago como si moliesen trigo. Acudió

mucha gente; algunos aplaudían y otros se reían a carcajadas.

Wang Gan cogió un sable que tenía su padre escondido en casa y se lo entregó al Secretario General Yuan Lian. Le dijo que era un arma letal que había fabricado su padre. Según Wang Gan, su padre le dijo que si alguien se atrevía a obligarle a que se hiciera una vasectomía le mataría con aquel sable. Yuan Lian avisó inmediatamente a mi tía y a Qin Shan, el Secretario General del Partido Comunista de la comuna. Qin Shan dio un golpe fuerte en la mesa y dijo furioso:

—¡Qué rebelde que es! ¡Negarse a la planificación familiar se puede considerar una acción antirrevolucionaria!

—Si no resolvemos el problema de Wang Jiao, no podremos difundir la planificación familiar —dijo mi tía.

Yuan Lian estaba de acuerdo con mi tía:

—Todos los hombres del pueblo podrían seguir el ejemplo de Wang Jiao.

—Vamos a capturar a este rebelde —dijo el Secretario Qin.

El policía Lao Ning, que llevaba una pistola en la cintura, vino a ayudar. Yuan Sai, Secretario de la Célula, entró en casa de Wang Jiao con el sargento de la milicia, la jefa del Departamento de Atención a la Mujer y cuatro milicianos.

La esposa de Wang Jiao estaba dando pecho a su pequeña, que se encontraba entre sus brazos, mientras trenzaba la paja. Cuando les vio, dejó su labor a un lado y se puso a llorar. Wang Gan estaba al lado de la puerta y se quedó mudo. Su hermana, Wang Dan, estaba sentada en el umbral de la puerta principal, mirándose su chiquita pero preciosa cara en un espejito que tenía en la mano.

—Wang Jiao —gritó Yuan Lian—, ven aquí, esperamos que desees cooperar. No queremos sacarte de aquí a la fuerza. Esta vez ha venido el señor Ning de la comuna, no podrás escapar. Si no te entregas, mañana vendremos a por ti otra vez. Eres un hombre, actúa como tal.

—Fang Lianhua, para de gritar. Dile a tu marido que salga —le pidió la jefa del Departamento de Atención a la Mujer a la esposa de Wang Jiao.

No hubo ninguna respuesta. Yuan Lian le hizo un gesto a Lao

Ning. El policía levantó la mano y los cuatro milicianos entraron en la habitación de manera abrupta con una cuerda en la mano. Justo en aquel entonces, Wang Dan apuntó a la esquina de la pocilga. Aunque Lao Ning tenía una pierna corta y otra larga, actuó con mucha rapidez. Dio unos cuantos pasos, llegó a la puerta de la pocilga, sacó la pistola y gritó:

—Wang Jiao, ¡sal de ahí!

Por fin Wang Jiao salió; tenía telas de araña en la cabeza. Los cuatro milicianos le rodearon con la cuerda. Wang Jiao levantó la mano para secarse el sudor de la cara y le dijo al policía de manera provocadora:

—Hombre, el famoso cojitranco Ning, ¿por qué te pones nervioso? ¿Acaso quieres asustarme con ese trozo de hierro?

—No te quiero asustar —dijo Lao Ning—. Ven conmigo por las buenas y no te pasará nada.

—Y si me niego, ¿qué pasará? ¿Me vas a disparar? —Wang Jiao se señaló la entrepierna y dijo—: Si te atreves, ¡dispárame justo aquí! Prefiero eso a que unas mujeres me capen con un cuchillito.

—Wang Jiao, no digas eso, la vasectomía consiste en tapar el conducto de... —empezó a decir la jefa del Departamento de Atención a la Mujer.

—¡Tendrás que taparte primero tus partes! —Wang Jiao apuntó a la entrepierna de la jefa y vociferó muchas barbaridades.

—Atadlo—ordenó Lao Ning agitando la pistola en al aire.

—¿Quién se atreve?! —Wang Jiao se dio la vuelta, cogió un hacha, la levantó en el aire y dijo con una mirada iracunda—: A quien se atreva a dar un paso más ¡le cortaré la cabeza!

En ese instante, la diminuta Wang Dan se puso de pie sin soltar el espejito que tenía en la mano. Aunque tenía trece años solo medía setenta centímetros. Era muy bajita, pero cada parte de su cuerpo estaba muy bien proporcionada. Parecía una bella liliputiense. Cogió el espejo para lanzarle un rayo de luz a la cara de Wang Jiao. Mientras, una risita inocente salió de su boca y se propagó por el aire.

Aprovecharon justo el instante en el que la luz cegó a Wang Jiao. Los cuatro milicianos se lanzaron sobre él a la vez, le quitaron el

hacha y le inmovilizaron los dos brazos.

Cuando los milicianos le ataron con la cuerda, se puso a llorar. Sus llantos desconsolados despertaron la curiosidad de todos los que estaban sentados en el muro de su patio y de los que estaban en la puerta de su casa, que querían saber a qué se debía tanta desolación. Los milicianos estaban tan sorprendidos que no sabían qué hacer.

—Wang Jiao, ¿eres un hombre? —dijo Yuan Lian—. ¡Cómo te puede asustar tanto una pequeña operación! Yo me la he hecho y no me ha afectado en nada. Si no me crees, ¡puedes decirle a tu mujer que le pregunte a mi esposa!

—Ya basta, hombre —dijo Wang Jiao entre sollozos—. Iré con vosotros.

También me contó mi tía que Xiao Shangchun era un cabrón y un modelo terrible de funcionario. Al principio, se jactaba del duro trabajo de llevar las andas al hospital militar Xihai con el fin de dar lástima y no tener que recibir la operación anticonceptiva. Después de enterarse de que el Comité del Partido Comunista de la comuna despediría a aquellos que se negasen a someterse a la vasectomía y que les mandarían a los pueblos a cultivar la tierra, vino voluntariamente al hospital en su vieja bicicleta. Me dijo mi tía que entonces sí que quería con todas sus fuerzas someterse a esa operación. Era un viejo verde, un sinvergüenza que solo decía palabras obscenas. Antes de entrar en la sala de operaciones no paraba de hacerle preguntas a Leoncita:

—Hija, no entiendo... Como se dice vulgarmente: «Mis *semillas* se dispersarán sí o sí». Si me atrancáis el conducto deferente, ¿qué le pasará a mi esperma? Si se acumula dentro de mi cuerpo, ¿no hay peligro de que mi barriga reviente?

Leoncita miró a mi tía con la cara enrojecida.

—¡Preparación de la piel! —dijo mi tía.

Cuando Leoncita fue a hacerlo, el miembro del paciente seguía erecto. Leoncita no tenía experiencia en lidiar con situaciones como esa, así que dejó el catéter y se puso al otro lado de la mesa.

—¡Puedes por una vez no pensar en cosas obscenas! ¿Es que tienes problemas mentales? —le advirtió mi tía.

—No tengo ningún problema con mi mente, es una reacción natural. ¿Qué le voy a hacer? —contestó con descaro.

—Vale.

Tía me contó que cogió un martillo de goma y le dio golpecitos en el miembro hasta que se quedó blando.

—Juro por dios que las operaciones de Wang Jiao y de Xiao Shangchun fueron un éxito —me dijo—. Sin embargo, el primero empezó a caminar encorvado después de la intervención y decía que le había tocado algún nervio; Xiao Shangchun vino muchas veces al hospital para reclamar una recompensa. Hasta acudió al Gobierno del distrito para poner una queja. Me acusó de haberle escacharrado las funciones de su órgano sexual. Menudos dos... Se puede decir que el caso de Wang Jiao fue un problema psicológico, pero Xiao Shangchun no quería más que armar jaleo. En la Revolución Cultural, cuando era el jefe de los Guardias Rojos, nadie sabe la cantidad de chicas con las que tuvo relaciones sexuales. Si no hubiese sido por la operación hubiese temido dejarlas embarazadas, pero gracias a la vasectomía ¡no tenía ningún miedo!